

Pierre Bourdieu

**Sobre el Campo
Político**

**Presses Universitaires de Lyon
2000**

CONVERSACION CON PHILIPPE FRITSCH*
Lyon, 11 de febrero de 1999

Traducción de Cristina Chávez Morales

Philippe Fritsch: *Pierre Bourdieu, usted ha intitulado su conferencia de esta noche: <<el campo político>>. Ello trae a la mente algunas preguntas las cuales voy a tratar de plantearle lo más simplemente del mundo. La primera no será una pregunta muy académica. Yo había previsto plantearle una. Regresaré a ella, pero yo quisiera partir de un texto de actualidad. Es un artículo que aparece en Le Progrès de Lyon a principios del mes de enero –hacia el 9 de enero, me parece- y que estaba intitulado: <<Rudo regreso para Voynet>>. En este texto se hacía el anuncio del retorno parlamentario y el retorno debía hacerse, y se hizo además, por una discusión alrededor del proyecto de aprovechamiento del territorio y de desarrollo duradero: he aquí una primera cosa. Dos días después, había una discusión sobre <<lo nuclear>> -es una segunda cosa. Y el periodista que da es información estima que se trata de un problema demasiado técnico para interesar, demasiado técnico para producir un gran debate, polémica. Por el contrario él valora este asunto diciendo algo como: esto va a producir efectos a derecha e izquierda y ello sí que va a ser algo –pásenme la expresión, él no la emplea así- <<sangriento>>, porque va a producir rupturas al interior de dos campos. Tomo este ejemplo para plantearle una pregunta: ¿cómo pensar la política no políticamente? He aquí mi primera pregunta, un poco larga.*

P.B.: Es un excelente ejemplo: él dice dos cosas que son esenciales, me parece, para comprender la noción de campo político tal como yo la empleo. Primeramente, él expresa la ruptura entre la reacción anticipada del gran público, de los profanos, y la explicación de los profesionales. Y en segundo lugar, el hecho de que ciertos sucesos toman sentido únicamente al interior del mundo de los profesionales, que yo llamo el campo político.

Sobre la separación entre profesionales y profanos, no hay que insistir largamente, aunque sea muy importante y repose sobre determinantes sociales, contrariamente a lo que se podría creer. Se dice frecuentemente: la gente no se interesa en la política, como si fuera su culpa, como si fuera una culpa incluso, cuando sabemos muy bien por las estadísticas que las oportunidades de interesarse en la política están muy desigualmente repartidas según todos tipos de variables, comenzando por el sexo que es la variable más importante –en todas las encuestas se ve que la tasa de no respuesta, que es una manifestación de indiferencia o de incompetencia, estando las dos cosas además muy ligadas, se da sobre todo en las mujeres. Después la otra determinante mayor, es el nivel de instrucción: la gente se interesa tanto más en la política cuanto más instruidos están y sabemos que las abstenciones obedecen también a esta ley. La distribución, pues, del acceso a los medios de participar en la política es muy desigual. Es un primer hecho que estaba contenido en su historia; el periodista tenía totalmente razón al anticiparlo.

La segunda cosa, es el hecho de que hay problemas que, aunque no interesen al común de los mortales, provocan una gran excitación al interior del microcosmos, palabra inmortalizada, si puedo decirlo, por Raymond Barre. Efectivamente el campo es un microcosmos, es una clase de mundo separado, de mundo aparte, cerrado sobre sí mismo, en gran parte, no

* Los materiales aquí agrupados, son traducción de algunas partes de la edición en francés, “Propos sur le Champ politique”, editado por Presses Universitaires de Lyon, 2000.

completamente, si no la vida política sería imposible, pero suficientemente cerrado sobre sí mismo y suficientemente independiente de lo que pasa en el exterior. Y es dentro de este pequeño mundo, este microcosmos, que se juega un juego del todo particular dentro del cual se engendran intereses particulares. Yo creo que es lo más importante: en este juego en el cual participan evidentemente hombres políticos, los diputados, etc., pero también periodistas, comentaristas políticos, sondeadores de opinión, etc., se definen intereses que son independientes de los intereses de los simples votantes, de la clientela, y es esto lo que ven a menudo los profanos que desarrollan el equivalente a una forma de anticlericalismo: ellos sospechan que los hombres políticos obedecen a intereses ligados al microcosmos mucho más que a los intereses de los votantes, de los ciudadanos. El ejemplo más visible, son <<los negocios>>, cuando los hombres políticos se llevan dinero a los bolsillos o favorecen a sus amigos, practican nepotismo, etc.: vemos claramente que hay intereses que están ligados al juego político. Para terminar, justo sobre este punto, hay problemas que se engendran en el juego político: una parte muy importante de los problemas que se nos presentan como problemas políticos importantes son problemas que son importantes para los políticos, particularmente porque les permiten hacer diferencias entre ellos. Estos son problemas de corrientes –el ejemplo más típico, es el famoso congreso de Rennes del partido socialista, donde nadie ha comprendido jamás qué estaba en juego, fuera de los intereses políticos más directos de los jefes de las corrientes.

P.F.: *Escuchaba esta mañana France Inter y era Dominique Voynet quien era entrevistado. Muy curiosamente, uno de los periodistas llegó a plantearle la pregunta: <<¿Pero la cuestión de fondo?>> Y yo me esperaba totalmente otra cosa que lo que él indicó, porque, para él, esa era: <<¿Es que los socialistas no son suficientemente revolucionarios, suficientemente reformistas, etc.?>> Ello era del todo curioso, porque, para mí, esa no era una cuestión de fondo.*

P.B.: Todos estos fenómenos de enclaustramiento del campo político sobre sí mismo han sido agravados extrañamente por la televisión y por la intervención de periodistas. Los periodistas políticos, en particular, conocen mejor lo que pasa dentro del microcosmos político que los problemas de los cuales debe en principio ocuparse el microcosmos político. La mayoría de los periodistas, incluso políticos, conocen mucho mejor las relaciones entre Balladur y Chirac o entre Jospin y Chevènement –es más fácil de comprender- que la cuestión de la Seguridad social o del presupuesto europeo. Por esto, están inclinados a reforzar esa tendencia del campo al enclaustramiento, planteando pequeñas preguntas sobre el pequeño mundo de la política.

P.F.: *De cierta manera usted se ha anticipado a una pregunta formalmente académica que yo quería plantearle y que era: ¿cuál es la definición del campo político? Pero me gustaría regresar sobre algo que usted acaba de indicar, a saber: ¿acaso no hay una familiaridad de los comentaristas, analistas, de forma general, con el mundo político, la esfera de la actividad política, que produce el reconocimiento de un cierto número de juegos que bien conocidos, pero al mismo tiempo un desconocimiento del modo de funcionamiento de este campo?*

P.B.: Yo pienso que hay una complicidad –complicidad es una palabra demasiado fuerte, Halimi habla de connivencia- entre los mayores periodistas políticos, aquellos que son conocidos por la televisión, etc., y los hombres políticos; connivencia que reposa sobre una familiaridad real: son gentes que se ven constantemente. Si usted lee –no es una lectura muy divertida, pero en fin...- el periódico de Jacques Julliard (él es director de estudio de la École des hautes études, pero es sobre todo periodista del *Nouvel Observateur*), usted verá que estos periodistas dan un espacio enorme a encuentros, conversaciones, con los hombres políticos o los otros periodistas políticos. Se sigue que los unos y los otros se impregnan mutuamente de

ideas que circulan circularmente –es lo que yo llamo la *doxa* política, es decir un conjunto de ideas recibidas que están incluso del lado de la creencia, por ejemplo, actualmente, la visión neoliberal. Los mismos que transmitían esta representación dicen bruscamente como, en Davos, se han descubierto los límites. Se descubre bruscamente que era una ideología, pero impregnaba todo el universo sobre el modo de la evidencia, de lo que incluso no se discute. Y estas connivencias reposan sobre la familiaridad, connivencias muy parisinas –de ahí el sentimiento de ruptura que tienen frecuentemente los provincianos, y que se expresa en los momentos de crisis como en 1995- son, yo pienso, uno de los factores del enclaustramiento del mundo político. Y los periodistas que se piensan como observadores del campo político son de hecho agentes del campo político –habría que englobar también a los sondeadores de opinión-, por las preguntas que plantean y por las preguntas que no plantean. Tomo un ejemplo simple: el Club de la Presse d’Europe 1 es el equivalente del *caucus* norteamericano, es un lugar donde se elaboran las candidaturas políticas importantes. Y ser invitado a ciertas emisiones de televisión o de radio, es estar consagrado como políticamente importante.

P.F.: *Esto me lleva a plantearle una pregunta que le ha sido ya planteada de una forma más general por Loïc Wacquant: ¿cómo se descubren o se trazan los límites de un campo? Tratándose del campo político, usted integra numerosos agentes que para una persona cualquiera no aparecen como agentes políticos; ¿como [pues] definir los límites del campo político?*

P.B.: Una respuesta <<fiscalista>>: se puede decir de una institución, de una persona, de un agente, que existen en un campo cuando producen efectos en él. Se podría tomar el ejemplo de Le Pen. Es una verificación de la definición que yo doy. Nadie puede discutir que todo el campo político francés, comprendido el PS, el PC, etc., ha sido transformado por la existencia de Le Pen. No hay político que no haya aceptado, reconocido de hecho la existencia de Le Pen, reaccionando a las proposiciones de Le Pen, por ejemplo sustituyendo –cosa muy grave, pero que pasó desapercibida- a la oposición rico/pobre, que era fundamental en la política, la oposición nacional/extranjero. Ahora bien, no hay partido que no haya efectuado este resbalón, de manera más o menos visible, evidente, escandalosa. Pero, y es un índice de la autonomía del campo periodístico, actualmente, uno de los factores determinantes de la existencia dentro del campo político, es el reconocimiento por los periodistas. Los periodistas –habría que decir el campo periodístico, con sus competencias, sus luchas, sus jerarquías, sus conflictos por el monopolio de la información, etc.- son determinantes en la determinación de la importancia política. Actualmente, si yo incluyo a los periodistas dentro del campo político, es porque son, como dicen los anglosajones, los *gate keepers*, los porteros, que controlan grandemente la entrada dentro del campo político. Sin embargo, los partidos son también muy importantes, evidentemente: son ellos quienes, dando la investidura, dicen de un hombre que se convierte en justiciable del juego político.

P.F.: *De una manera más general –situándose desde el punto de vista de la teoría general de campos- ¿no se podría decir que el análisis del campo político es ejemplar o incluso que el campo político constituye una especie de paradigma de los otros campos?*

P.B.: Es complicado... El interés de la noción de campo para la investigación, es que permite hacer comparaciones metódicas entre cosas que aparentemente no tienen nada que ver. Por ejemplo, el campo religioso y el campo político presentan muchas analogías, así mismo el campo político y el campo literario. Tomemos la comparación entre el campo político y el campo literario. Se observa en todos los campos una tendencia al enclaustramiento: entre más avanza la historia de la literatura europea, más ocurre que los poetas no hablan más que para poetas, hacen revoluciones al interior de este pequeño universo separándose cada vez más del

público. Una de las grandes diferencias entre un campo como el campo literario (o el campo de las matemáticas, que es también muy cerrado) y el campo político, es que los políticos son justiciables del veredicto popular: periódicamente tienen que ir ante los electores y, aunque están siempre preocupados por las relaciones que tienen entre ellos, tienen que entrar en relación con aquellos que les dan delegación y, por ello, una parte de sus acciones permanecen orientadas hacia el público, no pueden imaginar un enclaustramiento total.

El campo político es una <<arena>> que se da como tal y en la cual hay combates, enfrentamientos declarados. Como dentro de todos los campos, hay acumulación de fuerza, de capital político, es decir de reputación (lo que hace que los hombres políticos sean particularmente vulnerables al escándalo). Es la reputación, el renombre, si es posible el buen renombre. Bajo la Tercera República, los hombres políticos eran notables, gente conocida y bien conocida, y por ejemplo no es casualidad que los abogados, los médicos, etc. proporcionaban una parte muy importante del cuerpo de representantes del pueblo, porque ellos transferían de alguna manera su capital profesional, que es en gran parte un capital de notable, sobre el terreno político. Este capital político, que se acumula según una lógica completamente particular, se acumula a la vez ante los profanos pero también al interior del campo político.

P.F.: *Si yo hacía esta proposición, es insistiendo más particularmente en el aspecto dinámico del campo político, campo de fuerzas, y lo que no aparece necesariamente en otros lugares, allí es completamente visible.*

P.B.: Una de las propiedades de los campos, es que las relaciones de fuerza revisten tantas formas particulares. Dentro de cada campo, la fuerza (o el capital) que está en juego es diferente. El que se acumula en el campo religioso es diferente de aquel que se acumula en el campo literario. Pero estas relaciones de fuerza muy particulares, ligadas a la distribución desigual de la fuerza particular que está operante dentro de ese universo, son a la vez determinantes del estado actual de un campo y también del cambio de esas relaciones de fuerza porque dentro de todo campo los recién llegados, que están menos dotados de capital, excepto si son herederos, están menos satisfechos del orden establecido que aquellos que están bien sentados sobre su pequeño montón de capital. Es así que dentro de la mayoría de los campos, hay luchas de generaciones (de hecho, se trata de momentos diferentes dentro de una trayectoria de acumulación de capital: las carreras se comprenden mucho mejor si se tiene en mente este modelo de acumulación enfocada a confortar o transformar la relación de fuerza). Así un campo es un campo de fuerzas y un campo de lucha para transformar esas relaciones de fuerza. Dentro de estas luchas cada uno compromete la fuerza que posee dentro de las relaciones de fuerza. Es el mismo modelo que permite explicar a la vez porque las cosas son lo que son, la estática, y como cambian, la dinámica.

P.F.: *Y para hacer aparecer otras propiedades del campo político, la metáfora teatral, la relación entre el escenario y los bastidores, ¿no es una metáfora útil, en el sentido en que –allá también encontraríamos reconocimiento y desconocimiento, sin duda- el campo político me parece caracterizado por una propiedad específica que es la relación con el espacio público? Usted hacía alusión a ello hace un momento. Me preguntó si no hay algo que tomar para el análisis.*

P.B.: Esta metáfora, que está en Marx, puede ser reforzada gracias a las aportaciones de todas las teorías interaccionistas, en particular la de Goffman. Es verdad que se puede comprender una parte del funcionamiento de la política con la oposición entre la parte frontal del escenario y los bastidores, etc., pero yo pienso que estas metáforas teatrales, incluso en un

universo donde lo simbólico es tan importante como lo es en el campo político, reducen un poco las relaciones entre las personas a su dimensión simbólica y arriesgan a ocultar lo que el modelo en términos de campo hace ver, es decir que hay relaciones simbólicas pero que se cumplen sobre la base de una distribución desigual de fuerzas, fuerzas que pueden ser simbólicas. Lo simbólico, dentro de la gran tradición francesa de Durkheim, es una cosa muy seria. Muchas luchas sociales, políticas, internacionales, no han tenido otra arma y otro juego que lo simbólico. Así, los mercados financieros, por una gran parte, son juegos simbólicos, es decir juegos que ponen en acción la fuerza de las representaciones, la fuerza de las ideas.

P.F.: Por el contrario los análisis que los sociólogos del campo político pueden hacer ¿no se arriesgan siempre a ser a la vez tergiversados y traicionados –se les hace decir algo diferente de lo que ellos dicen- y no hay un riesgo para los analistas mismos de subirse al juego y convertirse en volens nolens de los agentes del campo político?

P.B.: Es un problema muy real, el de la recepción de ideas científicas sobre el mundo social. Es evidente que las ideas científicas son, como las otras, sometidas a filtros sociales, son recibidas por los individuos en función de sus categorías de percepción que son en una gran parte sociales y los hombres políticos mismos pueden con toda buena fe entender el discurso científico torcido, no solamente porque no lo comprenden o, incluso si lo comprenden y están bien dispuestos, pueden desviarlo, deformarlo conforme a sus expectativas y a sus intereses. Es verdad que hay una tendencia de los políticos a hacer un uso instrumental de las ciencias económicas y sociales. Uno de los problemas es saber como se puede uno proteger contra esta instrumentalización. Aquí también nos encontramos a los periodistas. Hay una desigualdad extraordinaria en el acceso al espacio público y es muy difícil defenderse contra la manipulación. ¿Entonces que hacemos? Acabo de terminar un artículo sobre el campo de la edición en Francia, que descansa sobre un análisis estadístico muy complicado, muy riguroso, etc. Puede que, puesto que en este texto hay cuestiones que pueden interesar a los periodistas –como el rol de éditions Grasset o *L'événement du jeudi*, que cuya naturaleza es de interés para los periodistas, porque es su historia-, se apoderen y digan cosas más, o menos exactas. Dentro de mi análisis he puesto todos los candados posibles (diagramas, datos, notas, frases complicadas para evitar las simplificaciones, pero que, todo lo contrario, las han estimulado: se dice: <<en el fondo, esto quiere decir aquello>>) pero que no son suficientes para poner al abrigo del trabajo de reinterpretación que operan los periodistas. Es la primera cosa. La segunda...

P.F.: La segunda: hemos conocido <<los compañeros de ruta>>, <<los intelectuales orgánicos>>, ¿los sociólogos entonces, como se presentan en este asunto?

P.B.: Es legítimo que los sociólogos intervengan en el mundo social cuando se trata del mundo social. ¿Se impediría a los físicos intervenir en la construcción de puentes? Pero cuando se trata del mundo social, en principio todo el mundo cree ser experto –Durkheim lo decía siempre: la dificultad mayor que encuentra la sociología está en el hecho de que todo el mundo piensa que es espontáneamente sociólogo. Es lo primero. Enseguida la intervención no es legítima y eficaz más que si pasa por las condiciones que debe satisfacer. ¿Qué es esto? ¿Inscribirse en un partido y tomar el poder? ¿Crear un partido? Es evidente que no es un sociólogo digno de este nombre quien piense todo eso, no lo es porque dejaría de ser sociólogo. No se es sociólogo más que de tiempo completo. Así que hay una contradicción muy profunda. Hubo un tiempo en que se identificaba sociología y socialismo y los socialistas de los años 30 consultaban sociólogos como Marcel Mauss... Actualmente los socialistas no tienen más sociólogos, tienen expertos. ¡He ahí! Es una enorme diferencia,

porque sociólogo quiere decir alguien que rinde cuentas frente a sociólogos y frente a políticos, o periodistas; que rinde cuentas frente a sociólogos pero no solamente frente a sociólogos nacionales. Esta contradicción entre las exigencias de la ciencia y las exigencias de la acción es extremadamente importante y, al mismo tiempo, hay una gran pérdida de la energía científica de los sociólogos, que no produce todos los servicios que podría producir.

P.F.: *Siendo así, ¿qué formas puede tomar el compromiso del sociólogo?*

P.B.: Hay que escribir, hay que escribir y de tiempo en tiempo hay que hablar. Por ejemplo, sobre el sistema de enseñanza, yo me pregunto todos los días cuanto tiempo voy a poder callarme. He pasado mi vida trabajando sobre el sistema de enseñanza. Las autoridades políticas se sirven de una forma desgarrada de lo que yo he escrito sobre el sistema de enseñanza. Cuando ello les conviene. Y luego un instante después lo olvidan. Esto plantea un problema. Me parece que es una clase de deber cívico producir al Estado que me paga y a mis conciudadanos lo que yo creo ser el saber sobre el mundo social e incluso, llegado el caso, sobre el Estado. Si yo fuera meteorólogo, que pudiera prever las avalanchas y no lo dijera, estaría mal hecho. ¿Por qué se hace esta situación tan particular con los sociólogos... por qué? Es verdad que la sociología, si estuviera en posición de ser escuchada, obligaría en muchos casos a los políticos a tomar una posición subordinada. Se necesitaría que ellos escuchen y que hagan lo que se les dice. Es sin duda muy arrogante decir eso. Por otra parte no somos capaces de decirle lo que hay que hacer, pero podemos decir bastante bien lo que no hay que hacer o que lo que se hace no servirá de nada. Hay políticas culturales que cuestan caro y de las cuales se puede decir que no sirven para nada. Un solo ejemplo: a mediados de los años 60, hice una gran encuesta sobre la asistencia a los museos, que había llevado a la construcción de un modelo matemático que permitía prever el número de entradas a los museos. Este modelo matemático funciona siempre y por otro lado este análisis mostraba que la política, entonces de moda, de las Casas de la Cultura de las cuales se esperaba que hicieran acceder al pueblo a la gran cultura no obtendría para nada este resultado y que en realidad no haría más que intensificar la asistencia de la gente que frecuentaba ya instancias culturales. Esto ha sido considerado como escandaloso. Ha sido visto como un tipo de agresión conservadora contra la política democrática de Malraux, aunque esto ha sido confirmado por los hechos: las Casas de la Cultura han cerrado unas tras otras.

P.F.: *Una operación de desilusión que es mal recibida.*

P.B.: Si, es verdad que, muy a menudo, los sociólogos destruyen ilusiones. A partir de lo que acabo de escribir sobre el campo de la edición, se pueden sacar también consecuencias para una política de defensa de la edición de investigación, de la edición de vanguardia sea en literatura, en sociología, etc., y para una política que iría a contracorriente, completamente, de la distribución actual de subvenciones, de <<la política del libro>>, etc.

P.F.: *Yo quisiera regresar sobre una cuestión inicial: cuando usted ha elegido titular su conferencia <<el campo político>>, yo me planteé la pregunta: por qué Pierre Bourdieu actualmente se interesa en el campo político al punto de hacerlo el título de una conferencia y de hacer una conferencia sobre él. Ahora mi pregunta –no me malinterprete– no es, digamos, para llevarlo al campo político, sino con relación a su itinerario intelectual. Siendo lector de sus trabajos, yo sé muy bien que la cuestión de la política es una cuestión que le ha ocupado periódicamente, de la que usted se ha ocupado bastante. Pero, ¿hay hoy en día razones particularmente fuertes para que usted se interese más particularmente en el campo político –desde el punto de vista de su itinerario intelectual?*

P.B.: Hay dos tipos de razones. Hay por una parte razones biográficas. Yo llegué a una etapa de mi trabajo donde yo pensé ser suficientemente competente y también tener suficiente autoridad social para poder hacer escuchar un cierto número de cosas, para dar un poco de fuerza a las ideas que establece la sociología, no necesariamente *mis* ideas. (Hay un lote considerable de ideas sobre las cuales los sociólogos están todos de acuerdo). Por otra parte yo pienso que las sociedades occidentales están en gran peligro, en gran parte porque ya no se escucha un cierto discurso científico sobre el mundo social. Esta clase de recorrido neoliberal de la fuerza económica bruta que nos sirve desde hace diez años engendra procesos muy graves de destrucción de un orden social que ha sido muy difícil construir. Regreso sobre el ejemplo del campo literario. Ha requerido un trabajo colectivo enorme llegar a producir obras como la de Joyce o del Faulkner, ha requerido generaciones y generaciones, ha requerido instituciones, críticas, etc. Ahora bien, actualmente, con la concentración, son personas como Belfond o Fixot, en resumen los mejores hombres del mundo, quienes nos bombardean con best-sellers americanos que compran a precio de oro, y que contribuyen a destruir las bases sociales, es decir, las pequeñas librerías, los pequeños editores, etc., esas cosas que consideramos como muy importantes. Hay el equivalente en el dominio del estado. Es de buen tono decir: el Estado francés es una clase de excepción arcaica. No es del todo verdadero. El servicio público, los transportes públicos, el hospital público, la escuela pública, etc., todo ello es una civilización completamente extraordinaria que ha sido difícil construir. Para inventar la idea de <<público>> por oposición a <<privado>>, se han necesitado generaciones de juristas, de filósofos. Ahora bien, todo esto, lo liquidamos y nos vamos. Es por ello que el sociólogo interviene. Yo no he jugado mucho al profeta en mi vida, pero pienso que aquí, yo puedo anunciar, sin gran riesgo, cosas que no veré jamás: si dejamos prolongarse este proceso de destrucción de todas las estructuras colectivas –familia, asociaciones, Estado-, se verán aparecer consecuencias aún totalmente desapercibidas, imperceptibles- ya tenemos signos, como la violencia urbana, etc., porque lo que se economiza con una mano se paga con la otra. Se da lugar a procesos cuyos efectos no aparecerán hasta dentro de mucho tiempo. Se requerirá tiempo, porque antes de que el sistema hospitalario se derrumbe, hay aún enfermeras que consagran, aún montones de gente que de cierta manera salvan al sistema casi a pesar de él mismo. El sistema escolar, es parecido. El sistema escolar está en vía de implosión. Entonces, puede uno callarse cuando piensa que...

P.F.: *Hay urgencia.*

P.B.: Hay urgencia.

CONFERENCIA: EL CAMPO POLITICO* **Pierre Bourdieu**

Traducción: Cristina Chávez Morales

Señor Presidente Bruno Gelas: La universidad de Lyon está evidentemente encantada de recibir el día de hoy, en del marco de las grandes conferencias de Lyon, a Pierre Bourdieu quien, sin duda, es ya conocido en Lyon, particularmente dentro de la universidad puesto que hace algunos años, en dos reposiciones creo, había desempeñado una de las misiones del Collège de France que era una sede del curso. Nosotros lo habíamos entonces recibido en nuestro campus de Bron.

* Grandes conferencias de Lyon, universidad Lumière-Lyon 2, jeudi 11 février 1999.

Recuerdo simplemente que esta conferencia se integran en un plan que se ha elaborado entre el Pôle Universitaire Lyonnais que agrupa las universidades y las grandes escuelas de Lyon y la ciudad, para una temporada durante la cual los invitados aseguran una conferencia y también una serie de encuentros que ha comenzado y que va a continuar mañana por la mañana dentro del marco de seminarios correspondiente a las especialidades de los estudiantes.

Puesto que sigo las preguntas de actualidad, señalo que a consecuencia de una enfermedad, Jacques Le Goff no podrá venir. Será reemplazado por otro historiador, el señor Roche, que creo es uno de sus nuevos colegas. Paso la palabra de Philippe Fritsch que va a presentar a Pierre Bourdieu.

Philippe Fritsch: Me corresponde introducir la conferencia de Pierre Bourdieu. Se trata de una tarea un poco difícil pero al mismo tiempo de un gran honor. Yo no diría nada sobre este honor pero diría algunas palabras sobre la delicadeza de la tarea. Decir demasiado sería, si no tomar su lugar, al menos tomar de su tiempo de palabra y ponerlos un poco más impacientes de lo que están.

Yo diría solamente algunas palabras sobre el objeto de esta conferencia tal como yo lo he podido percibir pero sobre todo sobre sus condiciones de enunciación. Estas nos regresan a unos meses atrás, cuando Pierre Bourdieu fue solicitado para esta gran conferencia. Fue necesario que él diera un título. Ahora bien, entre el momento en que se ha dado el título y el momento de la conferencia, yo presumo que para él como para muchos de nosotros, ya llovió. Han venido preocupaciones nuevas, se han impuesto objetos de investigación y las inversiones han quizá pasado hacia otra cosa. En el mismo tiempo, y lo que voy a decir compensa lo que acabo de decir, <<El campo político>>, este título que Pierre Bourdieu ha dado a esta conferencia, nos reenvía a una preocupación muy antigua de Pierre Bourdieu. Como lector atento de sus trabajos, tengo recuerdos de que desde 1977 él se había planteado esta cuestión y se preguntaba como pensar la política de manera distinta que políticamente, como pensarla sociológicamente. Es una buena introducción para la conferencia de esta tarde. No diré más.

Pierre Bourdieu: Le agradezco sus palabras de bienvenida y agradezco particularmente a Philippe Fritsch por lo que acaba de decir sobre las condiciones de enunciación. Efectivamente, es mucho tiempo el transcurrido entre el momento en que yo propuse este tema y el momento en que nos encontramos y temo estar un poco menos presente en este problema de lo que estaba hace unos meses.

Por otra parte, y me consuela decirlo, estoy muy temeroso de decepcionarlos esta tarde en parte por las razones que ha dado Philippe Fritsch. El problema que voy a tratar no está exactamente en el corazón de mis preocupaciones actuales y no estoy pues seguro de presentarles una exposición tan elaborada y tan coherente como la que hubiese podido hacer en otro momento. Le pido pues su indulgencia.

¿Por qué hablar de campo político? ¿Qué es lo que aporta desde el punto de vista de la comprensión de la política? ¿Es que consiste en adherir sobre la realidad del mundo político un concepto que es suficientemente cercano aparentemente a la intuición ordinaria y

de nociones de las cuales nos armamos espontáneamente para comprender el mundo político? Se habla frecuentemente de arena política, de juego político, de luchas políticas...

La noción de campo político tiene varias ventajas: permite construir de manera rigurosa esta realidad que es la política o el juego político. Permite enseguida comparar esta realidad construida con otras realidades como el campo religioso, el campo artístico..., y como cada cual lo sabe, la comparación, dentro de las ciencias sociales, es uno de los instrumentos más eficaces, a la vez de construcción y de análisis. Durkheim decía: <<La sociología, es el método comparativo>>. Grandes historiadores han hecho eco de esta proposición y se han esforzado en hacer del método comparativo el instrumento de conocimiento por excelencia. En fin, pienso que es una noción que tiene virtudes negativas, lo cual es una propiedad de los buenos conceptos (que valen quizá tanto por los falsos problemas que descartan como por los problemas que permiten construir). He ahí las tres razones por las cuales la noción de campo me parece útil.

Voy a tratar de proceder progresivamente, pedagógicamente. Hablar de campo político, es decir que el campo político (y por una vez yo citaré a Raymond Barre) es un microcosmos, es decir un pequeño mundo social relativamente autónomo al interior del gran mundo social. Ahí se encontrarán un montón de propiedades, de relaciones, de acciones y de procesos que se encuentran en el mundo global pero estos procesos, estos fenómenos revestirán una forma particular. Es esto lo que está contenido en la noción de autonomía: un campo es un microcosmos autónomo al interior del macrocosmos social.

Autónomo, según la etimología, quiere decir que tiene su propia ley, su propio *nomos*, que tiene en sí mismo el principio y la regla de su funcionamiento. Es un universo dentro del cual están en práctica criterios de evaluación que le son propios y que no valdrían en el microcosmos vecino. Un universo que obedece a sus propias leyes, que son diferentes de las leyes del mundo social ordinario. Alguien que entra en política, como alguien que entra en religión, debe operar una transformación, una conversión e incluso si ello no le aparece como tal, incluso si no tiene conciencia, le es tácitamente impuesto, siendo la sanción en caso de transgresión el fracaso o la exclusión. Se trata pues de una ley específica y de una ley que es un principio de evaluación y eventualmente de exclusión. Un índice: el escándalo: aquel que entra en política se compromete tácitamente a prohibirse ciertos actos incompatibles con su dignidad, bajo pena de escándalo.

Este microcosmos está también separado del resto del mundo. Como el campo religioso, el campo político descansa sobre una ruptura entre los profesionales y los profanos. Dentro del campo religioso, hay laicos y hay clérigos. No hay siempre un campo político (enuncio simplemente esta proposición sin argumentarla). Hay una génesis del campo político, una historia social del nacimiento del campo político. Cosas que se nos presentan como evidentes (por ejemplo el voto de la mayoría) han sido el producto de invenciones históricas extremadamente largas. Estas cosas que parecen haber existido desde toda la eternidad son frecuentemente de invención reciente. La mampana electoral es por ejemplo una invención del siglo XIX que está ligada a una coyuntura histórica. Hay muy bellos trabajos históricos sobre estas cuestiones.

¿Cuáles son los fundamentos de la frontera, a menudo invisible, entre los profesionales y los profanos? En la tradición de la sociología política, un cierto número de sociólogos de principios del siglo XX que les clasifican dentro de la categoría de neo-maquivélicos y que

trabajaban sobre todo sobre los partidos socialistas alemanes e italianos, Michels para Alemania, y Mosca para Italia, han desarrollado la idea de que había leyes de bronce de los aparatos políticos, es decir que había una cierta tendencia dentro de los aparatos políticos, comprendidos los partidos democráticos o los sindicatos representantes de los trabajadores, a la concentración del poder en manos de un pequeño número, de una oligarquía. Es una visión bastante pesimista de la historia que vuelve a decir que hay siempre dominantes y dominados hasta en los partidos que son considerados como expresión de las fuerzas consideradas como liberadoras de los dominados. Para contrarrestar esta visión pesimista, es suficiente tomar en cuenta la distribución observable estadísticamente de los medios de acceso al microcosmos político. Es algo que conocemos suficientemente bien por el análisis estadístico del uso del voto o de la propensión a votar, o de la distribución estadística de la propensión a responder por ejemplo a una cuestión de opinión política particularmente en un sondeo. Se sabe que estas propensiones, estas aptitudes, estas capacidades están muy desigualmente distribuidas, no por naturaleza (no hay personas que estuvieran dispuestas a usar poderes políticos o derechos de ciudadanos u otros que estuvieran desprovistos por naturaleza), sino porque hay condiciones sociales de acceso a la política. Se sabe por ejemplo, que en el estado actual de la división del trabajo entre los sexos, las mujeres tienen una propensión mucho menor que los hombres a responder a las cuestiones políticas. Así mismo las personas poco instruidas tienen una propensión mucho más débil que las personas instruidas, lo mismo que la gente pobre tiene una propensión mucho más débil... Si bien (es una observación de pasada pero extremadamente importante) las democracias modernas, y en particular la democracia americana que se pone siempre como ejemplo, descansan sobre un mecanismo censatario oculto. Cuando hay más de 50% de ciudadanos que no votan, ello plantea problemas para la democracia, sobre todo cuando esos 50% no están distribuidos aleatoriamente sino que se reclutan por privilegio del lado de los más desposeídos económica y culturalmente. Esta constancia de la capacidad desigual de acceso al campo político es extremadamente importante para evitar naturalizar las desigualdades políticas. (Es una de las grandes tareas permanentes de la sociología, regresar la historia al principio de las diferencias que son espontáneamente tratadas como diferencias naturales). Hay pues condiciones sociales de posibilidad de acceso a este microcosmos, como, por ejemplo, el tiempo libre: la primera acumulación de capital político es el caso de gente dotada de un excedente económico que le permite distraerse de las actividades productivas, lo que le permite ponerse en posición de portavoz. Más allá del tiempo libre, hay ese otro factor que es la educación.

Habiendo dicho esto, no hago sino recordar las condiciones sociales del funcionamiento del campo político como lugar en el cual un cierto número de personas cumpliendo las condiciones de acceso juegan un juego particular del cual los otros son excluidos. Es importante saber que el universo político descansa sobre una exclusión, sobre una desposesión. Entre más se constituye el campo político, más se autonomiza, más se profesionaliza, más tendencia tienen los profesionales a mirar a los profanos con una especie de conmisericordia. Para hacer comprender que no estoy en la especulación pura, evocaré simplemente el uso que ciertos hombres políticos hacen de la acusación de irresponsabilidad lanzada contra los profanos que quieren mezclarse en la política: soportando mal la intrusión de los profanos en el círculo sagrado de los políticos, les reclaman el orden como los clérigos reclaman a los laicos su ilegitimidad. Por ejemplo en el momento de la Reforma, uno de los problemas venía de que las mujeres querían decir misa o dar la extremaunción. Los clérigos defendían lo que Max Weber llama su <<monopolio de la manipulación legítima de bienes de salvación>> -magnífica fórmula- y denunciaban el ejercicio ilegal de la religión. Cuando se

ha dicho a un simple ciudadano que es irresponsable políticamente, se le acusa de ejercicio ilegal de la política. Una de las virtudes de esos irresponsables –de los cuales yo soy uno- es hacer aparecer un presupuesto tácito del orden político, a saber que los profanos están excluidos. La candidatura de Coluche no ha sido más que uno de esos actos irresponsables. Yo recuerdo que Coluche no era verdaderamente candidato pero que él decía que era candidato a la candidatura para recordar que cualquiera podía ser candidato. Todo el campo mediático-político se había movilizado, más allá de todas las diferencias, para condenar esa barbarie radical que consistía en poner en tela de juicio el presupuesto fundamental, a saber, que solo los políticos pueden hablar de política. Solo los políticos tienen competencia (es una palabra muy importante, a la vez técnica y jurídica) para hablar de política. *Les pertenece* hablar de política. La política les pertenece. He ahí una proposición tácita que está inscrita en la existencia del campo político.

Cuando evoco esta indignación general, este consenso en la condenación, es para mostrar que la pertenencia al campo descansa sobre una creencia que sobrepasa las oposiciones constitutivas de las luchas entabladas dentro del campo. Para estar en desacuerdo sobre una fórmula política, hay que estar de acuerdo en el terreno de desacuerdo. Para estar en desacuerdo sobre una proposición sociológica, hay que estar de acuerdo en el terreno de desacuerdo. <<Que nada entra aquí [al reino de la geometría] si no es geométrico>>, si no acepta el juego de la geometría. Hay previamente un acuerdo, sobre lo que se hace posible el desacuerdo, es decir que la política es importante, que solo los políticos pueden hacer política, que solo los políticos tienen competencia para hacer política... Cuando digo postulado, ya desvirtúo la realidad: se trata de tesis tácitas cuando el postulado demanda explícitamente el derecho de decir algo. Uno de los grandes problemas con los campos, incluso los más sofisticados como el campo matemático (los matemáticos son aquellos que hacen vacilar de lo más implícito del hecho de existir en tanto campo), es aquel de la axiomatización que es un esfuerzo para hacer explícitas las tautologías fundamentales sobre las cuales reposa un campo. La mayoría de los campos, religioso, literario, descansan sobre presupuestos tácitos que son aceptados por todos: del tipo<<el arte es el arte>>, <<la política, es la política>>, etc. Es algo de lo cual los profanos tienen a veces la intuición. Tienen una sospecha con respecto a la delegación política que descansa sobre ese sentimiento que las personas que juegan a ese juego que llamamos política tienen entre ellos, una suerte de complicidad fundamental, previa a su desacuerdo. Se puede incluso decir que tienen, por el hecho de su pertenencia, intereses de la perpetuación del campo, y que pueden estar presentes como la expresión de intereses de ciudadanos que les dan delegación para representarlos.

Dicho de otra forma, hay una sospecha que es inmediatamente denunciada como puyadista o populista según las épocas, una sospecha originaria con respecto a las políticas que no se da sin fundamento. Una de las virtudes de la noción de campo es hacer inteligible el hecho de que un cierto número de acciones que cumplen las personas que están dentro del juego que llamo campo político, tiene su principio dentro del campo político. Decir <<Yo me arrastro por ustedes>> (era un anuncio del 81, al cual los otros respondían: <<Él los arrastra>>) quiere decir que yo no soy más que lo que tú me dices ser. Yo te digo que yo soy tu portavoz y que no tengo interés expresivo propio, que no tengo nada más que decir que lo que tu dirías si tu estuvieras en mi lugar, en posición de expresarte. Por el contrario, decir que hay un campo político, es recordar que las personas que ahí se encuentran pueden decir o hacer cosas que están determinadas no por la relación directa con los votantes sino con los otros miembros del campo. Él dice lo que él dice por ejemplo una toma de posición acerca de la seguridad o acerca de la delincuencia... - no para responder a las expectativas de la población

en general o incluso de la categoría que le ha dado voz, que lo ha designado como mandatario, sino por referencia a lo que otros dentro del campo dicen o no dicen, hacen o no hacen, para diferenciarse o por el contrario apropiarse de posiciones propias para amenazar la apariencia de la representatividad que puede haber. Dicho de otro modo, la noción de campo relativamente autónomo obliga a decir que si se quiere comprender lo que hace un político, seguramente hay que buscar que ha votado por él, buscar cual es su base electoral, su origen social... pero no hay que olvidar buscar la posición que ocupa dentro del microcosmos y que explica una buena parte de lo que él hace. Hay casos que saltan a los ojos, por ejemplo los cursos del PS o los conflictos Chirac-Balladur para tomar ejemplo ya un poco históricos. Es claro que son casos donde el principio de la toma de posición está ligada con la ocupación de una posición en un espacio de posiciones que es precisamente el campo político.

Así, el hecho de que el campo político es autónomo y que tiene su lógica propia y que esta lógica está al principio de las tomas de posición de aquellos que ahí están comprometidos, implica que hay un interés político específico, que no es automáticamente reductible a los intereses de los mandantes. Hay intereses que se definen dentro de la relación con las personas del mismo partido o contra las personas de los otros partidos. El funcionamiento en campo produce una suerte de efecto de cerramiento. Este efecto observable es el resultado de un proceso: entre más se autonomice un espacio político, más avanza según su lógica propia, más tiende a funcionar conforme a los intereses inherentes al campo, más se acrecienta la ruptura con los profanos.

Uno de los factores de esta evolución hacia una autonomía creciente, así pues una ruptura creciente, es el hecho de que el campo político es el lugar de producción y de puesta en práctica de una *competencia específica*, de un sentido del juego propio a cada campo. Uno de los derechos de entrada tácitos para por ejemplo entrar en el campo artístico tal como es después de los Impresionistas en Francia, es el conocimiento de un cierto número de cosas sobre el modo de la evidencia, de lo evidente. Aquel que no los conoce, es el Douanier Rousseau, es el pintor ingenuo, naif, aquel que no sabe qué es ser pintor, que es una especie de pintor-objeto. Sus <<amigos>>, Apollinaire, Picasso, le agradan, lo tratan como a un pintor pero a modo de farsa, de broma o de ironía. Es como un perro en un juego de bolos, un juego del cual no conoce los presupuestos tácitos. La política es juego del mismo tipo, que tiene reglas tácitas. Hay muy buenos trabajos en curso sobre la socialización de los jóvenes políticos, por ejemplo al nivel del Consejo General. Es un estadio importante, uno de los momentos en que salimos de la política aldeana. El político local, de base, quizá <<natural>> en los pequeños pueblos o las pequeñas ciudades; puede contentarse con una competencia política elemental en la medida en que se trata de conocer bien a sus ciudadanos y de ser <<bien visto>> por ellos. Desde que se pasa al nivel del Consejo General, de una asamblea departamental, las pertenencias de partido comienzan a jugar un rol y los antiguos socializan con los nuevo y les enseñan a no reaccionar brutalmente con una simple política espontánea, que no es una política en el sentido del campo político. Con buenos sentimientos, se hace mala política. Hay que aprender el lenguaje, los trucos, las relaciones de fuerza, como tratar con los adversarios... Esta cultura específica debe ser dominada en la práctica. No se trata solamente de una cultura académica sino de una cultura por una parte cultivada y que se aprende en parte en el Sciences Po, sobre todo en nuestros días, pero también en la práctica, a través de confrontaciones... Por ejemplo, la forma más sabia de esta cultura es el derecho constitucional. Hay momentos en que, si no tienes un mínimo de cultura en derecho constitucional, estás excluido de toda una serie de debates. Más profundamente, lo que es importante es el aprendizaje de todos esos saberes y de todos esos saber-hacer que te

permiten comportarte normalmente, es decir políticamente, dentro del campo político, participar a lo que se llama comúnmente <<la política política>>. Este sentido del juego político es lo que hace que se pueda negociar un compromiso, que se haga silencio sobre una cosa que habitualmente se diría, que se sepa proteger a los amigos de manera discreta, que se sepa hablar con los periodistas...

Todo ello contribuye también al cerramiento del campo y al hecho de que tienda a girar en el vacío. Si se le abandonara a su lógica propia, funcionaría finalmente como un campo artístico muy avanzado donde ya no hay público, como la poesía, o el universo de la pintura de vanguardia (en las inauguraciones los pintores dicen que no tienen más como público sino a sus propios colegas). Este cerramiento es un índice muy significativo de la autonomía de un campo. Dentro del campo de las matemáticas, que es sin duda el más autónomo de los campos, no se tiene como clientes más que a sus competidores. (Entre paréntesis, hay que decir que es eso lo que hace que los matemáticos avancen, puesto que cuando no tiene como clientes más que a tus competidores, estás bajo una alta supervisión y obligado a presumir tus demostraciones).

Por razones evidentes, el campo político no puede ir hasta esos extremos: los que están comprometidos en este juego no pueden jugar entre ellos sin hacer referencia a aquellos en nombre de los cuales se expresan y frente a quienes deben, periódicamente, rendir cuentas más o menos ficticiamente. Los juegos internos encuentran ahí su límite. Lo que se acerca más al campo político, es el campo religioso: ahí también, una parte muy importante de lo que pasa es efecto de las relaciones internas. Es ello lo que Max Weber ha descrito tan bien sin tener la noción de campo; las relaciones entre el sacerdote, el profeta y el brujo son determinantes de lo esencial que sucede en el campo religioso. El sacerdote excomulga al profeta, el profeta desrutiniza el mensaje del clero... Pasan montones de cosas entre ellos pero bajo el arbitraje de los laicos, que pueden o no seguir a un profeta, desertar de las iglesias o seguir las frecuentando. En este sentido, el campo religioso se parece mucho al campo político, que permanece sometido, a pesar de su tendencia al cerramiento, al veredicto de los laicos.

Un campo es un campo de fuerzas, y un campo de luchas por transformar las relaciones de fuerzas. Dentro de un campo como el campo político o el campo religioso o cualquier otro campo, las conductas de los agentes son determinadas por su posición dentro de la estructura de la relación de fuerzas característica de ese campo en el momento considerado. Ello plantea una pregunta: ¿cuál es la definición de la fuerza? ¿En qué consiste ésta y como es posible transformar esas relaciones de fuerzas? Otra pregunta importante. ¿Cuáles son los límites del campo político?

Dije hace un rato que se trataba de un campo autónomo, de un microcosmos separado al interior del mundo social. Una de las transformaciones más importantes de la política desde hace veinte años está ligada al hecho de que los agentes que podían considerarse o ser considerados como espectadores del campo político, se ha convertido en agentes en primera persona. Quiero hablar de los periodistas y en particular de los periodistas de televisión y también de los especialistas en sondeos de opinión. Si debiéramos describir el campo político hoy en día, habría que incluir estas categorías de agentes por la simple razón de que ellos producen efectos. Se me pregunta frecuentemente en qué reconozco que una institución o un agente forma parte de un campo. La respuesta es simple: se reconoce la presencia o la existencia de un agente dentro de un campo por el hecho de que transforma el estado del

campo (o que cambian muchas cosas si lo retiramos). El Frente Nacional por ejemplo se ha convertido en un agente del campo político en la medida en que ha impuesto poco a poco a los demás portavoces políticos, institucionales o individuales, la referencia si no al Frente Nacional mismo, al menos a los problemas que se considera el Frente Nacional trata de imponer en el campo político. La presencia del Frente Nacional ha sustituido la oposición entre los ricos y los pobres, la oposición entre nacionales y extranjeros que, particularmente bajo la influencia del campo político, se ha vuelto tan importante en la conciencia política común. Desgraciadamente sería fácil mostrar que no hay partido que no se defina por relación a esta referencia, esta dicotomía, este *principio de división* que ha sido impuesto e importado al campo político.

Yo pienso, y es una proposición muy general, que en todo campo está la cuestión de los límites del campo, de la pertenencia o de la no-pertenencia al campo. Dentro de un campo de sociólogos se plantea la pregunta de quién es sociólogo y quién no lo es y al mismo tiempo, quién tiene el derecho de decir quién es sociólogo y quién no lo es (o dentro de un campo de matemático, quién es matemático y quién no lo es).

Entre más autónomo e instalado en su autonomía esté un campo, más ocurre que esta cuestión del fundamento último del campo esté oculta, olvidada, pero puede haber una revolución científica que vuelva a cuestionar las fronteras, lo que Kuhn llama <<los cambios de paradigmas>>. Son situaciones en las cuales nuevos entrantes en el campo cambian de tal manera los principios de pertenencia al campo que personas que formaban parte de él ya no forman parte, son descalificados, y personas que no formaban parte, forman parte. Se puede dar un ejemplo histórico, aquel de la revolución impresionista (la revolución operada por Manet). Es una revolución de los principios de visión y de división, una revolución de los principios según los cuales es legítimo representar el mundo visible: los detentores de la norma, del *nomos*, de la ley fundamental, se encuentran bruscamente descalificados, siendo los heréticos por el contrario, consagrados, canonizados.

Vemos pues que el campo político tiene una particularidad: no puede jamás autonomizarse completamente; es sin cesar referido a su clientela, a los laicos, y sus laicos tienen de alguna manera la última palabra en las luchas entre clérigos, entre miembros del campo. ¿Por qué? Lo que hace que la política no sea la poesía, que el campo político no sea como el campo poético, es que las luchas simbólicas y políticas sobre el *nomos* (*nomos* viene del verbo *némo* que quiere decir realizar una división, una partición; se le traduce ordinariamente como <<la ley>>, pero es también, más precisamente, lo que yo llamo el principio de visión y de división fundamental que es característico de cada campo) tienen como apuesta mayor la enunciación y la imposición de <<buenos>> principios de visión y de división. En el campo político, si digo que la división mayor es la de ricos y pobres, obtengo una cierta estructura social. Si digo que es la división entre franceses y extranjeros, obtengo una estructura totalmente distinta. Dicho de otra forma, los principios de división no tienen nada de gratuito. Son constitutivos de grupos y por tanto de fuerzas sociales. La política es una lucha por las ideas pero por un tipo de ideas del todo particular, a saber las ideas-fuerza, ideas que dan fuerza funcionando como fuerza de movilización. Si el principio de división que propongo es reconocido por todos, si mi *nomos* se convierte en el *nomos* universal, si todo el mundo ve el mundo como yo lo veo, yo tendría entonces tras de mí toda la fuerza de las personas que comparten mi visión. <<¡Proletarios de todos los países, uníos!>> es una declaración política que quiere decir que el principio de división nacional no es muy importante con relación al principio internacional que opone transnacionalmente a los ricos y los pobres.

Las luchas políticas son luchas entre responsables políticos, pero en esas luchas, los adversarios, que están en competencia por el monopolio de la manipulación legítima de los bienes políticos, tienen un juego común que es el poder sobre el Estado (que pone fin, en cierta medida, a la lucha política puesto que las verdades de estado son verdades transpolíticas, al menos oficialmente).

Las luchas por el monopolio del principio legítimo de visión y de división del mundo social oponen personas dotadas de poderes desiguales. Se puede decir que, en cada campo, un cierto tipo de poder es operante. Entre los matemáticos, se trata del capital matemático: hay personas que debido a sus logros anteriores, a sus invenciones (han inventado teoremas que llevan su nombre), tienen un capital específico que no estaría operante en la Asamblea Nacional o en la Bolsa, pero que en una asamblea de matemáticos es muy poderoso. Cada especie particular de capital está ligado a un campo y a los mismos límites de validez y de eficacia que el campo al interior del cual se da. Toda tentativa para imponerlo más allá de esos límites es una forma de tiranía, en el sentido de Pascal. Por ejemplo no es extraño que los políticos quieran actuar directamente sobre el campo literario. Ellos crean academias sin ver que hay una ley fundamental de un campo autónomo que dice que no puede ser conducido sino por fuerzas que él reconoce, que están conformes a su *nomos*. Tiene más valor ser publicado por Éditions de Minuit que por la Academia Francesa. Cuando eres Presidente de la República, no puedes otorgar diplomas de excelencia literaria (aunque todos lo intentan, sobre todo cuando pretenden ser escritores como algunos de nuestros difuntos Presidentes).

Hay en el campo político luchas simbólicas en las cuales los diferentes adversarios disponen de armas, de capitales desiguales, de poderes simbólicos desiguales. El poder político es particular en aquello en que se parece al capital literario: se trata de un capital de reputación que está vinculado a la notoriedad, al hecho de ser conocido y reconocido, *notable*, donde el rol muy importante es la televisión, que ha introducido algo de extraordinario pues las personas que no eran conocidas más que por las reuniones electorales en los auditorios de escuela ya no tienen nada que ver con sus viceministros cuya cara todo mundo conocía con tal que fueran suficientemente poderosos dentro de su partido para salir en la televisión. El capital político es pues una especie de capital reputacional, un capital simbólico vinculado a la manera de ser percibido.

A medida que el campo político avance en la historia, que los roles, las tareas políticas, la división del trabajo político, se institucionalizan, con el desarrollo de partidos particularmente, aparece un fenómeno muy importante: el capital político de un agente político dependerá primeramente del peso político de su partido y del peso dentro del partido de la persona considerada. Nosotros no damos suficiente importancia a esta noción extraordinaria de investidura. Actualmente, el partido es una especie de banco, de capital político específico y el secretario general de un partido es una especie de banquero (quizá no es una casualidad si todos nuestros presidentes pasados y futuros son ex secretarios generales...) que controla el acceso al capital político, burocratizado, garantizado y certificado burocráticamente fiel al original, por la burocracia de un partido.

A medida que el campo político se burocratiza, hay derechos de entrada en la institución y esos derechos, hoy en día, son cada vez más frecuentemente otorgados por los partidos (y por las grandes escuelas, la Escuela Nacional de Administración particularmente). Los conservadores más tenaces de un partido son aquellos que dependen más de él. Dentro del

lenguaje religioso, son los llamados oblatos: eran personas, hijos de pobres, que su familia donaba a la Iglesia y que, debiendo todo a la Iglesia, le daban todo, daban todo a la Iglesia que les había dado todo. No hay nada más fiel que el oblatos pues si deja la Iglesia, ya nada tiene. El partido comunista se ha apoyado mucho en esta fórmula. Son personas que dan todas las garantías puesto que tienen toda su legitimidad, todo su poder, por la investidura del partido. Ya no son nada si el partido les retira su investidura, de ahí los dramas de la exclusión. La exclusión es una excomunión (las analogías religiosas funcionan muy bien).

Los intereses políticos específicos de los cuales hablaba hace un rato se vuelven cada vez más ligados a la pertenencia a un partido y al mismo tiempo a la reproducción de un partido y a la reproducción que asegura el partido. Una parte muy importante de acciones que realizan los hombres políticos no tiene otra función que reproducir el aparato y reproducir los hombres políticos reproduciendo el aparato que les asegura la reproducción.

Aquí, una vez más, la analogía con la Iglesia es pertinente. Quizá voy a herir susceptibilidades, pero esto ha sido para mí una iluminación. Había conductas de la Iglesia que me eran oscuras, en particular la obstinación con la que la Iglesia, que dejaba atrás muchas cosas, se aferraba a todo lo que concernía a la educación y en particular a las subvenciones del Estado a la enseñanza religiosa. He comprendido, gracias al modelo que les estoy explicando, que, para proteger a los católicos, los socialistas o los comunistas, hay que conservar las instituciones que les dan razones de ser (y en particular lugares). Cuando se busca medir el poder de la Iglesia –sería lo mismo para un partido- se busca inmediatamente por el lado de las riquezas de la Iglesia. Ustedes quizá habrán notado que, desde hace algunos años, la Iglesia ostenta siempre todas sus riquezas, sin duda porque no hay más grande cosa que mostrar y porque en todo caso sus verdaderas (o principales) riquezas son puestos controlados por la Iglesia. Para medir en nuestros días la influencia de la Iglesia católica, no se trata de medir quien va a misa y quien no, como lo había hecho en otro tiempo el canónigo Boulard (que, dicho sea de paso, era mucho más moderno que la Educación Nacional que nunca ha hecho cosas equivalentes). Medir la influencia de la Iglesia por el número de los que van y no van a misa es muy simplista. Una medida mucho más sutil sería censar las personas cuyo trabajo y razón de ser desaparecerían si la Iglesia desapareciera, censar todo lo que de una u otra forma puede ser calificado de cristiano. Tal piscina no es cristiana sino en la medida en que depende de un establecimiento religioso con subvenciones, puede asegurar un trabajo a un cristiano y unir a un cristiano al cristianismo... Es lo mismo para los partidos y yo terminaría en eso: una parte muy importante de las conductas políticas están inspiradas por un deseo de reproducción de aparato que garantiza la existencia política de sus miembros.

He dicho al principio que el campo político podía ser descrito como un juego en el cual la apuesta es la imposición legítima de principios de visión y de división del mundo social. Están los blancos y los negros pero también los mestizos, que son todos virtualmente igual de importantes; si se hace una sociología comparada de la manera de tratar la oposición entre los blancos y los negros, se ve de inmediato que la situación no es en absoluto la misma en Brasil, en Estados Unidos y en Francia. Uno de los juegos de la lucha política puede ser desplazar sus fronteras o sus dicotomías. Las luchas políticas tienen apuestas intelectuales, principios de visión y de división. Como decían los griegos, son categorías, principios de clasificación. Lo que llamamos luchas de clases son de hecho luchas de clasificación. Cambiar estos principios de clasificación no es simplemente realizar un acto intelectual, es también realizar un acto político en la medida en que los principios de clasificación hacen clases que son movibles. Durante las guerras de religión, se podían movilizar ejércitos sobre

la base de una imposición de categorías. El juego político tiene por apuesta el monopolio de la capacidad de hacer ver y de hacer creer de otra manera. Así se explica que la analogía religiosa sea tan potente. Se trata de una lucha entre la ortodoxia y la herejía. Ortodoxia quiere decir visión derecha y de derecha. El hereje por el contrario es aquel que elige por oposición a aquel que no elige, que encuentra evidente que el mundo está bien como está, que no nada que decir, ni que redecir, y que es suficiente para él dejarlo continuar. Para el hereje, <<eso no puede durar>>. Las apuestas del mundo político son siempre dobles; son combates por ideas pero como estas no son completamente políticas como si se vuelven ideas-fuerza, son también combates por poderes.

Hay una especie de ambigüedad inherente a la política. De ahí el problema tan difícil para los intelectuales de entrar en la política sin convertirse en políticos. Son de inmediato remitidos al rol de irresponsables. Yo no dejo de repetir la fórmula de Spinoza, <<no hay fuerza intrínseca en la idea verdadera>>. Porque la división del trabajo los pone en condición de hacerlo, los intelectuales y los investigadores, sean economistas, sociólogos, historiadores, tienen un poco más de acceso a las verdades sobre el mundo social que el promedio. Ellos quisieran a veces entrar en el campo político que es un juego de ideas-fuerza. ¿Pero como dar fuerza a las ideas sin entrar en el campo y en el juego político? Yo pienso que es una manera del todo seria de plantear el problema de los intelectuales. No es un problema abstracto. Yo pienso que sería importante que los investigadores puedan decir su opinión sobre los problemas de visión y de división, sobre lo que hay del mundo social que ellos pasan su vida estudiando colectivamente para producir un saber. Esta cuestión no interesa quizá sino a pocas personas pero me parece relativamente importante. Pero esto no es todo. La tentativa de dar un poco de fuerza política a ideas verdaderas es particularmente difícil y arriesgada dentro de un juego donde los poderosos tienen tendencia a imitar la verdad y a intentar dar a las creencias y a los principios de visión y de división que se esfuerzan en imponer, en materia de economía particularmente, las apariencias de una etiqueta de verdad, de una garantía científica. No cesan de decir <<la ciencia está con nosotros>>, los premios Nobel están con nosotros, como en otros tiempos se conducían las guerras gritando <<Dios está con nosotros>>; y piden al buen pueblo confiarse a los más competentes, a aquellos que saben mejor, que reivindicar el monopolio de la manipulación de los bienes de salud política, el monopolio de la definición de la bondad y del bien políticos, en nombre del monopolio de la competencia y de la verdad.

A este golpe de fuerza que se ejerce en nombre de la ciencia, pero con todos los medios que da el poder económico, estamos en derecho (y quizá en deber) de oponernos, en nombre mismo de la ciencia. Pero sin poder contar con otras armas que aquellas que dan el conocimiento del mundo social tal como es y sobre todo, quizá, el conocimiento del doble-juego que es constitutivo del juego político donde la fuerza es a la vez arma y apuesta y donde no obstante, para reforzarse, hay que aparentar tomar en cuenta y en consideración la verdad. Es por que este homenaje obligado a la virtud científica está inscrito en la lógica misma del microcosmos político, que la ciencia –y en particular la ciencia del juego político– no está totalmente desprovista de fuerza política, al menos de fuerza crítica, negativa.

Pregunta: *Yo quisiera conocer su punto de vista sobre dos fenómenos que se observan actualmente en la vida política contemporánea, primero sobre lo que yo llamaría el descrédito lanzado sobre el juego político. ¿Cómo analiza usted el fenómeno de abstención?*

Después, una de las lecciones de su exposición es decir que la política pertenece a los políticos. Ahora bien, se asiste hoy en día a un fenómeno donde fuerzas exteriores al campo político, pienso particularmente en los indocumentados y los sin-hogar, invisten el campo político para defender sus derechos sin recurrir a representantes que serían hombres políticos. Yo quisiera pues conocer su sentimiento sobre este fenómeno de movimientos no políticos que defienden sus intereses.

P.B.: Sobre la primera pregunta: mis análisis no tienen evidentemente como objetivo lanzar el descrédito sobre la política. Dan cuenta de lo que pasa dentro de las relaciones entre los electos y los electores. El hecho de enunciar a modo de comprobación la ley de esas relaciones puede tener dos efectos opuestos: ello puede reforzar a las personas que tienen un sentimiento de exclusión, motivarlas dentro del sentimiento de ser legitimadas a excluirse, o por el contrario, favorecer la toma de conciencia de esta ruptura y de su ilegitimidad, de su carácter arbitrario y provocar con ello una especie de movilización para abatir esa frontera, conminar a los responsables a ser responsables frente a los irresponsables.

Ello conduce a la segunda pregunta. Yo pienso que lo que llamamos el movimiento social perturba más que a nadie a los socialistas. Es una gran paradoja que la teoría del campo político que yo he propuesto permite comprender. Si el movimiento social que ellos deberían expresar, sobre el cual ellos deberían apoyarse para provocar el cambio que pretenden desear, si este movimiento social les perturba verdaderamente y si despliegan tanto talento para neutralizarlo más que para expresarlo, es que es efectivamente la expresión de una fuerza que no encuentra derivación ni expresión dentro de la lógica ordinaria del mundo político.

Esta fuerza, es ya un poco milagroso que haya podido acceder a la existencia dentro del mundo mediático-político, y ser percibida, y ser objeto de discusiones. Porque lo propio de las víctimas de la opresión económica es ser sin voz, en todos los sentidos del término. Se ha querido saber como votarían los desempleados. Un sociólogo profesional rehusaría inmediatamente jugar el juego de la consulta electoral (lo que es en este caso el sondeo) con personas de las que sabemos pertinentemente que, casi por definición, tienen una tasa de abstención considerable. Se puede atrapar siempre a un desempleado para preguntarle por quien votaría si votara. Él podrá siempre decir que votará por tal o cual pero el hecho esencial es que espontáneamente el no votaría y que, por consecuencia, el <<voto>> que sacamos de él por el sondeo es un puro artefacto. Los movimientos sociales como el de los indocumentados serían desde mi punto de vista muy importantes si, por intermediación de los periodistas o de los sindicatos de que forman parte, llegaran a suscitar el interés específico de personas que están en el campo político. En el estado actual, es muy difícil. Los irresponsables, de los cuales he hablado varias veces esta noche, son personas que tratan de dar fuerza dentro del campo político a movimientos que no pueden por su sola fuerza llegar a ser reconocidos. Quizá hay que inventar nuevas formas de manifestación, nuevas formas de movilización política. Una parte de la eficacia de estos movimientos sociales ha estado en el hecho de que han recibido la asistencia técnica de un cierto número de personas detentoras de suficiente sentido político y de capital político para conseguir darles una expresión visible, para hacer que accedan a la percepción. Yo citaré el excelente libro de Patrick Champagne que se llama *Faire l'opinion*, donde describe uno de los modos de expresión política que es la manifestación. Cuando se quiere decir algo al campo político, se pueden poner bombas como los anarquistas del siglo pasado, se pueden hacer huelgas o manifestaciones. Pero se necesita fuerza política para producir manifestaciones políticas visibles. Si yo digo <<¡Mañana, todo el mundo a la Bastilla!>> (suponiendo que yo tenga suficiente fuerza política para que esto

sea anunciado por los periódicos), habrá quinientas personas; si lo dice el secretario general de la CGT, habrá cien mil personas.

Un nuevo tipo de manifestaciones ha aparecido: manifestaciones con fuerte inversión de capital cultural, cuyo símbolo es para mí el conjunto de manifestaciones de los estudiantes americanos contra la guerra de Vietnam. Debido a su capital cultural, que les da una experiencia de acontecimiento artístico, estos estudiantes supieron encontrar manifestaciones que no requerían la movilización de tres millones de personas y que podían sin embargo hacer efecto porque atraían a los periodistas. Hoy en día, uno de los problemas de esos movimientos a la vez minoritarios y al mismo tiempo siempre muy poderosos, expresando a mucha gente, es poder acceder a la existencia política reconocida dentro del campo político. Una de las vías es darles expresiones conformes a lo que dice Champagne. Hay por ejemplo manifestaciones de estudiantes de medicina que han sido organizadas por especialistas en relaciones públicas. La muy poca eficacia que han tenido los movimientos sociales recientes, indocumentados, Droit Devant, etc., se debe al hecho de que un cierto número de personas que no son profesionales de la política pero son personas competentes políticamente, conocedoras del medio periodístico-político, han sugerido acciones que se vuelven actos simbólicos susceptibles de ser percibidos (ocupar la Escuela Nacional de Administración) y convertirse en acontecimientos políticos.

Aprovecho para decir que la política es difícil de pensar porque a la vez que se le conoce no se le conoce. Se escucha hablar de ella todos los días en los noticieros, nos bañamos en una especie de familiaridad con la política, lo que es el principal obstáculo para el conocimiento del mundo político. Es por esto que las analogías a las cuales he recurrido son muy útiles en la medida en que permiten romper con esta familiaridad que es cegadora, que hace que comprendamos todo sin comprender nada.

***Pregunta:** Usted ha hablado del campo político pero yo creo que las preguntas precedentes se fundan en una especie de ambigüedad en su circunscripción del campo político, lo que hace que tengamos la impresión de que es un campo muy amplio y si ese fuera el caso, las referencias que usted hace por comparación al campo religioso se deben simplemente al hecho de que incluso en la religión, se habla a menudo de política. La dificultad de circunscribir viene justamente del hecho de que esos movimientos sociales de los que hablamos hacen eco en el campo político. Pero ¿cuál es la respuesta que el campo político da a esos movimientos? No podemos hacer como si el campo político ignorara completamente esos movimientos. Los toma en cuenta pero la manera de tratarlos no corresponde a las expectativas que son expresadas.*

P.B.: Yo pienso que hay una cierta ambigüedad ligada a ese problema de límites. Yo no he hecho más que tocarlo muy superficialmente diciendo que los agentes sociales que tenemos costumbre de mantener excluidos de la definición del universo político me parece que forman parte porque producen efectos de total primera importancia, efectos de investidura, de introducción dentro del campo (es el caso por ejemplo de los responsables de las grandes emisiones políticas de televisión). Ello da sin duda una especie de imagen a la definición del campo pero esta imagen está en la realidad. Hoy en día, uno de los juegos políticos es precisamente la lucha sobre las fronteras del campo político. Hay una lucha por ampliar la definición que es de inmediato condenada como populista. Este insulto está muy cargado de sentido. Es un eufemismo para decir racista. Ahora bien, estas luchas se inspiran en una revuelta contra el cerramiento del campo político, contra su definición estricta y militan por

una ampliación del campo político. Uno de los problemas consiste en saber como transformar la división del trabajo político de tal manera que el acceso al sistema político sea ampliado, que más personas puedan ejercer efectos dentro del campo. La imagen de mi análisis corresponde al hecho de que las fronteras del campo político son una de las apuestas de las luchas. Hay montón de fenómenos dentro del campo político que resultan de una solidaridad, más allá de las oposiciones políticas, que busca defender sus fronteras. El acceso al espacio público es controlado casi completamente por los periodistas. Uno de los mayores problemas hoy en día es el acceso al espacio público de los artistas, de los investigadores, de los sabios, de los escritores..., fuera de las vías controladas por los partidos y los periodistas. De ahí la pequeña colección que hemos fundado, y que partió de una reflexión de este tipo. Extrañamente, el cerramiento del campo político es tal que es extremadamente difícil hacer pasar ideas como por ejemplo la defensa de las mutualidades, causa que para mí es muy importante. ¿Qué se puede hacer? Pueden organizar grupos de trabajo (incluyen un jurista, un economista), lo esencial es todavía encontrar un lugar de publicación... Pero no habrán por ello dado fuerza política a su idea y a su visión de las cosas.

Pregunta: *Con gran riesgo de pasar por un conservador, yo quisiera preguntarle sobre aquellos que son clasificados como irresponsables por los actores políticos: ¿no es necesario en ciertas ocasiones hacer una distinción entre los irresponsables que aportan ideas nuevas e interesantes, y la mayoría de los irresponsables que hablan de cosas que no conocen, que no ven las consecuencias de lo que proponen y que podemos clasificar en la categoría de utopistas, pero que son a menudo populares entre las masa que no conocen nada?*

P.B.: Desgraciadamente, usted tiene parcialmente razón pero aquellos que apunta no son, propiamente hablando, irresponsables, son más bien demagogos. Son personas que desafortunadamente están en el poder y que disponen de los instrumentos de una demagogia racional.

Hoy en día, los demagogos populistas están muy desarmados con relación a los demagogos de Estado que tienen para sí los sondeos, esos instrumentos de medición y de conocimiento muy débiles pero suficientes para atrapar movimientos superficiales y orientar una demagogia racional. Cuando el Sr. Allègre toma por ejemplo posición sobre las vacaciones de los maestros, es verdaderamente fácil, es verdaderamente demagogia. No que yo quiera defender a los maestros, no hay más que leer lo que he escrito. Yo ya no tengo muchas ilusiones pero quiero decir que un cierto discurso sobre un cuerpo social en estado de crisis (no solamente porque hay que enseñar en las periferias), en estado de semi-anomalía, que se inspira en sondeos o en un instinto populista, tiene algo de escandaloso, tan escandaloso como las declaraciones populistas en Le Pen. Si dices que los maestros tienen demasiadas vacaciones, alcanzas un 80% en todos los sondeos. Uno de los roles de los políticos podría ser servirse del conocimiento de las tendencias, de lo probable, para dificultarlo en lugar de acompañar a ese probable. Esta sería una larga discusión sobre lo que entendemos por política.

Pregunta: *Si he comprendido bien, el cambio social ocurre por nuestra intervención en el campo político. Usted ha señalado diversas vías, particularmente una integración por los sindicatos y usted ha desacreditado mucho a los periodistas. ¿No piensa usted que es justamente la función de periodista poder dar a aquellos que usted llama los profanos un acceso al espacio político? ¿Si esta no es su función, cuales otras vías propone usted? ¿El cambio social no puede darse sino por la política exclusivamente?*

P.B.: Habría primero que reflexionar sobre la representación que el campo periodístico tiene y da de sí mismo. Hay una ideología profesional del periodismo según la cual los periodistas aportan la verdad, la información, la crítica, la subversión. Ahora bien, esta imagen de sí es contradicha por el análisis y la observación; no es fundada. Yo no pienso que los periodistas sean los mejor ubicados para dar el acceso al campo político. Ellos contribuyen por el contrario bastante fuertemente al mantenimiento de la frontera, de la censura que tiende a excluir las maneras no conformes a la ortodoxia, a la *doxa* del campo político.

Es un hecho social muy importante que hoy en día usted ya no puede acceder al espacio público sino por la intermediación del periodismo. Hay que escribir en los periódicos, salir en la televisión, hacer tribunas, libros. Hay una extraordinaria concentración del poder sobre los medios de difusión. Ya no tenemos más que dos diarios que cuentan. Todo lo que se puede hacer, es intentar ponerlos en competencia. Hay un cerramiento del universo político que es absolutamente extraordinario. Evidentemente, es totalmente lo contrario a la imagen que los periodistas tienen de sí mismos. La acción liberadora del periodismo que usted evoca, podríamos esperarla, no del periodismo, pero quizá de las luchas internas al campo del periodismo, entre periódicos, pero también, al seno de cada periódico, entre los jóvenes y los viejos, los hombres y las mujeres; pero se encuentra que en un período de penuria, la peor de las censuras es la censura por la precariedad (hay un muy buen artículo de Patrick Champagne sobre la cuestión, que se basa en entrevistas y observaciones). Incluso si usted tiene mucho valor, energía para intentar decir cosas capaces de transtornar el orden establecido, usted no está predispuesto a hacerlo cuando está sobre un maletero, o sobre un asiento expulsable. Yo no creo pues que se puedan actualmente esperar grandes cambios de parte del periodismo.

Pregunta: *¿No piensa usted que Le Monde Diplomatique abre otra vía?*

P.B.: Gracias a Dios, el mundo periodístico no está completamente cerrado, *Le Monde Diplomatique* existe. No es por casualidad que yo veo una verificación de lo que digo sobre el cerramiento, en el éxito de este periódico, éxito extraordinario al punto de inquietar a *Le Monde* que trabaja mucho por volver a sus pasos a *Le Monde Diplomatique*, que teniendo una autonomía financiera, permanece en el grupo Monde. No se necesita ser un gran profeta para saber que dentro de tres o cuatro años, los *Inrockuptibles* serán una dependencia del Monde. Pero yo espero que *Le Monde Diplomatique* conservará su autonomía.

Pregunta: *A propósito de su fin de intervención sobre las ideas verdaderas, cada vez que la verdad ha tratado de apoderarse de la política, ha ocurrido lo peor. La cuestión de la relación entre los investigadores, los intelectuales, su verdad y el mundo político es una cuestión que me parece bastante compleja. Cada investigador avanza verdades en su disciplina y en su dominio de validez. La sociología y el análisis que usted ha desarrollado sobre el campo político desde un punto de vista sociológico me parecen asombrosamente pertinentes para comprender toda una serie de mecanismos y para armar un cierto número de intervenciones, pero a partir del momento en que se habla de intervención política, se está en otra dimensión, otra disciplina, otras perspectivas. Yo soy biólogo y cada vez que la biología a intentado tener intervenciones políticas, ha sido una catástrofe que yo no dejo de denunciar como usted.*

La cuestión es saber como evitar el cienticismo, como definir los límites de validez de la intervención del sociólogo. ¿No hay más allá de la ciencia sistemas de valores, otros

sistemas de referencia que haya que invocar obligatoriamente cuando se habla de campo político?

Pregunta: *Si usted me permite, como nos acercamos al final, yo quisiera también plantear una pregunta, la de la representatividad, que usted ha desarrollado un poco en su exposición, para mostrar que la génesis del campo político reposa finalmente sobre mitos políticos y particularmente sobre la representación. Si se hace una historia de aquellos que están en condiciones de poder votar, se ve que el mito de la universalidad de los votantes es bastante reciente, 1848 para el sufragio universal masculino, 1945 para el derecho de voto de las mujeres, para los colonizados es aún más tarde y pienso en el caso algeriano para el cual hubo que esperar hasta 1958. Podría incluso prolongarse hasta 1974 puesto que la edad legal para votar es de 18 años. ¿Cómo no ver una evolución a la americana que es un mundo político cada vez menos representativo y que se manifiesta por una tasa de abstención cada vez más importante? En los Estados Unidos, se ve bien que esta situación no quita en absoluto la fuerza a aquellos que son electos de presentarse como representando al conjunto de la nación americana.*

Yo terminaría en otro aspecto, a saber la autonomía política del campo. ¿Los agentes que dirigen este campo no son ellos mismos dependientes de otro campo que es el de la economía?

P.B.: Voy a tratar de ser muy breve. Agradezco a todas las personas que han planteado preguntas. No quiero hacer cumplidos demagógicos pero aprecio la alta calidad de estas preguntas. En todo caso ello me reafirma un poco sobre la eficacia de mi exposición dejándome ver que he sido muy bien comprendido.

Para el problema de las ideas verdaderas, que es el capital, yo estoy también totalmente convencido que hay que estar firmes contra el cienticismo en política. Dicho esto, no puedo admitir que, en nombre de los abusos de poder que fueron ejercidos en el pasado en nombre de una pseudo-ciencia, los ensayistas, los cómicos, descalifiquen toda intervención que se autoriza de la ciencia. Tanto más que la mayoría de las intervenciones científicas son negativas, es decir críticas. Cuando yo deseo que los sabios, artistas e investigadores pongan un pie en el campo político, ello no es para que tomen el poder; ellos no tienen ni el tiempo ni las ganas (si no ellos hubieran estudiado en la Ecole national d'Administration). Pero sería importante que intervengan como una instancia crítica, una especie de parlamento crítico como lo eran los filósofos del siglo XVIII. Yo aprecio mucho también la idea de que los saberes son parciales y lo son cada vez más, y yo no quisiera ver a los biólogos en el poder... y menos aún a los sociólogos.

Yo siempre he predicado la idea de que es necesario un intelectual colectivo. Yo he hablado a menudo del gran intelectual irresponsable y al mismo tiempo magnífico que era Sartre. Hoy en día, habría que crear una internacional de intelectuales específicos que trabajaran colectivamente en una instancia crítica. Es muy difícil. Yo me emplee en ello lo mejor que pude: para tratar de crear un foro transnacional, hice funcionar durante cerca de diez años un periódico que se llamaba LIBER –aparecía en siete u ocho idiomas- y me vi obligado a poner fin a esta publicación porque éramos dos para hacerla. Podría trabajarse colectivamente bajo control de investigadores pertenecientes a otras disciplinas, en una discusión interdisciplinaria orientada a la acción.

No responderé sobre lo universal, ni sobre la dependencia del campo político con respecto a la economía, porque sería muy largo. Me detengo aquí.

Pregunta: *Yo tendría una última pregunta sobre el estilo del sociólogo que permitirá quizá concluir. Usted ha presentado el campo político como un lugar donde habría una fuerte socialización del actor, una socialización del comportamiento político que tendería a contrarrestar una cierta política espontánea. Me hubiera gustado saber si poniendo esta socialización en evidencia, usted no prepara el terreno a la clase política y como usted bien lo dijo en su obra en la televisión, no oculta mostrándolo. Mi cuestión es pues esta: ¿no tiene usted conciencia de que su andar, banalizando, facilitando, normalizando la socialización política, se vuelve más contraproducente?*

P.B.: Responderé muy sinceramente y con un ejemplo. Los principales utilizadores prácticos de la sociología de la educación que mostraban el rol de la transmisión del capital cultural dentro de las familias, han sido las familias burguesas, cultivadas, que han sido de algún modo inclinadas por las constancias de la sociología a racionalizar la transmisión del patrimonio. Habría que argumentar pero el peligro que corren todos los análisis que descubren procesos susceptibles de ser juzgados como funestos, es sin duda dar a aquellos que viven el procedimiento funesto los medios de mejorarlos. Por ejemplo, cuando haces una sociología de los intelectuales que pone al día mecanismos, modelos de funcionamiento, formas de estrategia, te expones evidentemente a choques de rechazo pero también usas armas. Yo pienso que actualmente los intelectuales mediáticos me han leído muy bien y han escalado a un nivel de sofisticación superior en la política de inversión mediática por la cual tienden a hacerse ver y a hacerse valer.

FORMAS DE ACCION POLITICA Y MODOS DE EXISTENCIA DE GRUPOS* **Pierre Bourdieu**

Traducción: Cristina Chávez Morales

No hay mejor introducción para la reflexión que voy a presentar el día de hoy que un texto de Durkheim en *Leçons de sociologie*: <<Para que los sufragios expresen otra cosa que los individuos, para que estén animados desde el principio de un espíritu colectivo, es necesario que el colegio electoral elemental no está formado por individuos unidos solamente por esta circunstancia excepcional, que no se conocen, que no han contribuido a formarse mutuamente sus opiniones y que van a desfilar unos tras otros frente a la urna. Se necesita por el contrario que este sea un grupo constituido, coherente, permanente, que no tome cuerpo por un momento, un día de votaciones. Entonces cada opinión individual, por que es formada al seno de una colectividad, tiene algo de colectiva. Es claro que la corporación responde a este desideratum. Porque los miembros que la componen están sin cesar y estrechamente en relación, sus sentimientos se forman en común y expresan la comunidad>> (p.138).

Durkheim establece claramente la relación entre el producto, la opinión, y las condiciones sociales en las cuales se produce, y, más precisamente, *el modo de existencia del grupo* en el cual es producido; en otros términos, entre la forma de acción política o el contenido de esta acción (aquí el voto y la opinión) y el modo de sociación. Tenemos así por un lado la unión ocasional (discontinua), formada por <<por individuos unidos solamente por esta

* Comunicación a la Asociación francesa de ciencias políticas, noviembre 1973.

circunstancia excepcional>>, individuos separados que existían previamente en estado separado, que no tienen entre ellos ese mínimo de *interacción* que es el interconocimiento, que no ha cooperado a la producción de sus opiniones, que van uno por uno, *singuli*, a desfilar, en estado aislado, a la mampara electoral.

A este modo de acción política, Durkheim opone otro, que conserva el modo de expresión de la opinión producida, pero transforma las condiciones de producción. El *colegio electoral elemental* debe ser un grupo integrado y permanente (un <<cuerpo>> dotado de un espíritu de cuerpo), coherente y capaz de producir colectivamente su opinión, que es entonces verdaderamente *colectiva*. La producción de una opinión realmente colectiva supone la concertación, que supone ella misma el *entendimiento*, la orquestación como *acuerdo tácito* sobre los instrumentos de comunicación (lengua, cultura, etc.) que van a servir para establecer el acuerdo o el desacuerdo. Tenemos pues dos tipos opuestos de opinión que corresponden a dos tipos opuestos de modos de producción de opiniones, es decir a dos tipos de grupo. A la ideología liberal, que está al principio de la filosofía de la votación como elección libre e individual, Durkheim opone otra filosofía: la opinión verdadera es la opinión elaborada colectivamente sobre la base de una unidad previa.

Poco importa lo que se piense de esta filosofía <<corporativista>>, ella tiene el mérito de forzar a llevar al estado explícito la filosofía implícita de la democracia electoral. La filosofía liberal identifica al acción política con una acción solitaria, hasta silenciosa y secreta, cuyo paradigma es el voto, <<adquisición>> de un partido en el secreto de la mampara. Haciendo esto, reduce el grupo a la serie, la opinión movilizada de un colectivo organizado o solidario a un agregado estadístico de opiniones individuales expresadas. Se piensa en la utopía de Milton Friedman que, para captar el punto de vista de las familias acerca de la escuela, propone distribuir bonos que permitan comprar servicios educativos patrocinados por empresas competidoras: <<Los padres podrían expresar su punto de vista sobre las escuelas directamente, sacando a sus hijos de una escuela y mandándolos a otra, con mucho mayor facilidad de lo que es ahora posible>>¹. La acción política se encuentra reducida a una forma de acción económica.

La lógica del mercado, o del voto, es decir el agregado de estrategias individuales, se impone siempre que los grupos son reducidos al estado de *agregados* o, si se prefiere, desmovilizados. Cuando en efecto un grupo es reducido a la impotencia (o a estrategias individuales de subversión, sabotaje, derrame, frenado, protesta aislada, ausentismo, etc.) porque no tiene poder sobre sí mismo, el problema que es común a todos sus miembros permanece en estado de malestar, y no puede ser constituido como problema político. Los miembros de un grupo pueden estar unidos por un *acuerdo tácito* fundado en una *connivencia*, como dice Weber, una complicidad profunda, tan profunda que no tiene necesidad de expresarse, que *no se tiene ni que decir*. Pero esta complicidad (en el sufrimiento o el malestar tácito, a veces vergonzoso) no accede a la existencia y a la eficacia política sino a través de palabras o de conductas simbólicas que están dotadas de una carga emocional más fuerte que la palabra hablada o escrita y cuyo ejemplo privilegiado es la *manifestación*. Las palabras, palabras de explicitación que hacen ver y hacen creer, o palabras de orden, que hacen actuar y de manera concertada, son principios unificadores de la situación y del grupo, signos movilizados que permiten constituir la situación y constituirlos como algo común al grupo. Por oposición a la palabra individual, grito, protesta, *voice*, como

¹ M. Friedman, *Capitalism and Freedom*, Chicago, Chicago University Press, 1962, p.91.

dice Albert Hirschman, la palabra del portavoz es una palabra autorizada que debe su autoridad al hecho de que aquel que habla se autoriza de la autoridad del grupo que le autoriza a hablar en su nombre. Cuando habla el portavoz, es un grupo quien habla a través de él, pero que existe en tanto grupo a través de esta palabra y aquel que la porta. El portavoz es una solución al problema típicamente durkheimiano de la existencia del grupo más allá de los obstáculos biológicos correlativos de los límites temporales y espaciales ligados a la corporeidad. Una de las funciones de la manifestación es manifestar el grupo que autoriza el portavoz autorizado. Y un portavoz autorizado puede mostrar la fuerza de la cual sostiene su autoridad llamando al grupo a movilizarse y movilizándolo efectivamente, llevándolo pues a manifestarse (de ahí la importancia que reviste el *número* de manifestantes). La delegación autorizada es aquella que puede movilizar al grupo que la autoriza, manifestar pues al grupo por sí misma (contribuyendo así a sostener su creencia, su moral) y por los otros.

Hay que hacer un paréntesis acerca de nuevas formas de manifestación política, muy diferentes, en su espíritu y en los medios que ponen en práctica, manifestaciones tradicionales del movimiento social europeo: estas <<*demostraciones*>>, que se divulgan lo más frecuentemente en inglés, y que han sido inventadas por grupos de fuerte capital cultural, como los estudiantes americanos, *sit-ins*, *boycotts*, *picketings*, *draft-card burnings*, *flag burnings*, etc., toman simbólicamente símbolos del poder y de la autoridad del Estado (banderas, estandartes), de la Iglesia (cruces, altares, etc.) u objetos que se considera que garantizar y sancionan *loyalties* y buscan modificar las prácticas por transgresiones que están en ruptura con los medios tradicionales de la expresión y de la reivindicación democrática, discusión, voto, debate, hasta manifestación².

Se pueden así distinguir dos grandes formas de acción política. Aquella que descansa sobre la agregación de estrategias y de actos individuales no es colectiva, si se puede decir, más que objetivamente. En efecto, en este caso, los agentes están doblemente desposeídos del dominio de sus opiniones. En efecto, no siempre tienen los medios para producir una opinión conforme a sus intereses. Las condiciones de producción de la opinión como discurso no están igualmente repartidas. Pero el principio esencial y el mejor escondido de la desposesión reside en la agregación de opiniones. Con el sondeo, o el voto, como con el *mercado*, el modo de agregación es *estadístico*, es decir mecánico e independiente de los agentes. La puesta en relación de opiniones se hace *fuera de los agentes*. No son los individuos quienes combinan sus opiniones, quienes les confrontan *dialécticamente*, para acceder (idealmente) a una síntesis que conserve las diferencias y las rebase, para llegar a un *todo*, definido por sus conexiones más que por sus elementos. Son las opiniones individuales, reducidas al estado de votos enumerables mecánicamente, como piedras, que son adicionadas, pasivamente, sin que nada sea hecho a cada una de ellas. De hecho el modo de pensar estadístico conviene siempre que se trata de comprender acciones cuya necesidad se impone por la casualidad, <<en y por la anarquía>> de las acciones individuales (como dice Engels a propósito del mercado), acciones puramente aditivas como aquellas que Max Weber llama uniformes, o por similitud, y cuyo límite es la conducta de las personas que abren su paraguas ante un chubasco (*Essais sur la théorie de la science*, p.369).

De ahí diversas cuestiones políticas: ¿cómo inventar e instaurar modos de producción de opiniones tan poco desiguales como sea posible o, si se prefiere, condiciones óptimas de producción de opiniones tratando de dar a todos oportunidades iguales de tener opiniones

² Cf. Haig A. Bosmajian, *Dissent: Symbolic Behavior and Rhetorical Strategies*, Boston, Allyn and Bacon, Inc., 1972.

conformes a sus intereses? Lo esencial es *el modo de producción de la decisión*. Cuando un grupo tiene una opinión a producir, es importante que sepa que tiene una opinión por producir sobre la manera de producir una opinión y que, no haciéndolo, acepta tácitamente un modo de producción favorable a los dominantes.

La segunda forma de acción colectiva es aquella que reposa en la delegación. En este caso, la acción colectiva es siempre frecuentada por la amenaza de la usurpación y de la corrupción: es todo el problema de las relaciones (y de la diferencia) entre la *fides implicita* y la fe explícita, entre las inquietudes tácitas y los sufrimientos expresados. Los agentes movilizadores deben hacer existir al grupo como tal, movilizarlo y hacer así posible la concertación y la orquestación que son impedidas por la soledad de la mampara (o del mercado). Para producir este efecto, deben ser percibidos como la expresión del grupo, detentar pues un capital de autoridad delegada por el grupo. Lo que supone una circulación circular del capital simbólico. En la medida en que se opera a favor de una sola persona o de un pequeño número de personas, la delegación implica una *concentración* del capital simbólico: en tanto que depositaria de todo el capital de todo el grupo, el delegado, <<banquero simbólico>>, detenta un poder simbólico sobre el grupo del cual es propiamente hablando el *sustituto* y la encarnación. Él afirma y redobra, por su poder de movilización, la delegación de poder de la cual es objeto; su acción propia, es decir la acción de movilización, reproduce además el principio de su eficacia. Es un símbolo que ejerce una acción simbólica de reforzamiento del símbolo (al mismo título que las banderas y los emblemas del grupo y también toda la retórica de la manifestación, gritos orquestados, eslogans comunes, etc.).

La cuestión política es entonces saber cómo dominar los instrumentos que hay que poner en práctica para dominar la anarquía de las estrategias individuales y producir una acción concertada. Cómo el grupo puede dominar (o controlar) la opinión expresada por el portavoz, aquel que habla en nombre del grupo, y en su favor, pero también *en su lugar*, que hace existir al grupo presentándolo y representándolo pero que, en un sentido, tiene el lugar del grupo. Siendo la cuestión fundamental, casi metafísica, saber qué es lo que es hablar por personas que no hablarían si no se hablara por ellas.

El modo de producción atomístico y agregativo querido por la visión liberal es favorable a los dominantes que tienen interés en el *laisser-faire* y pueden contentarse con estrategias individuales (de reproducción) porque el orden social, la estructura, juega en su favor. Por el contrario, para los dominados, las estrategias individuales, protesta, derrame, frenado, etc., y todas las formas de la lucha de clases cotidiana son poco eficaces. Ellos no pueden tener estrategias eficaces más que colectivas, y que suponen pues estrategias de construcción de la opinión colectiva y de su expresión. No se puede salir de la adición mecánica de preferencias que produce el voto sino tratando las opiniones *como signos que pueden ser cambiados por el intercambio*, por la discusión, por la confrontación, no siendo el problema ya aquel de la elección, como en la tradición liberal, sino aquel de la elección del modo de construcción colectiva de elecciones, del modo de fabricación de la <<voluntad general>> por la deliberación libre, por el acto comunicativo, como dice Habermas, que cambia los contenidos comunicados y las personas que comunican, por el *trabajo colectivo de búsqueda* de la opinión común.

NOTA BREVE SOBRE LA ANTINOMIA DE LA PROTESTA COLECTIVA*

Pierre Bourdieu

Traducción: Cristina Chávez Morales

La elección de la deserción o de la protesta, *exit* o *voice*, solo aparece como una alternativa zanjada tanto tiempo como permanecemos en la lógica de la acción individual³. Las instituciones especialmente dispuestas para expresar las reivindicaciones, las aspiraciones, las protestas proveen una tercera vía: el portavoz es una voz autorizada, fuerte por la autoridad de un grupo. A la organización, sea que se trate de la empresa que vende un limón (mal producto) o que licencia o de cualquier otro poder instituido, él opone una organización, partido, sindicato o asociación, encargada, al menos oficialmente, de la defensa colectiva de los intereses individuales de sus miembros. Gracias a la tecnología social de la delegación que dota al mandatario de la *plena potentia agendi*, el grupo representado se encuentra constituido como tal: capaz de tratar y de hablar <<como un solo hombre>>, puede movilizar toda la fuerza material y sobre todo simbólica de la cual dispone en el estado potencial. La protesta impotente o la deserción insignificante del individuo aislado, formas diversas de la acción serial, aquella del voto o del mercado, que no se vuelven eficaces sino por el efecto de mecanismos ciegos y a veces perversos de la agregación estadística, cede el lugar a una protesta a la vez unitaria y colectiva, coherente y poderosa. Esto al menos según las representaciones no menos míticas que la tradición progresista no ha dejado de oponer al mito de la <<mano invisible>>, y que son también variantes de la figura de Rousseauista del <<Legislador>> capaz de encarnar y de expresar una <<voluntad general>> irreductible a la <<voluntad de todos>> obtenida por simple suma de voluntades individuales.

La puesta en cuestión más radical del mito del mito fundador de las autoridades delegadas viene de situaciones en las cuales se revela la antinomia de la delegación: yo no puedo acceder a la palabra poderosa, a la *voice* como palabra legítima, conocida y reconocida, autorizada y dotada de autoridad, más que exponiéndome a encontrarme desposeído de la palabra, privado de una expresión que me expresa en sentido propio, hasta negado, anulado en la singularidad de mi experiencia y de mis intereses específicos por la palabra común, la *opinio communis* tal como la producen y la profieren mis mandatarios titulares. Estos son todos los casos en que los miembros de *corporate bodies*, y en particular de aquellos que están especialmente dispuestos para producir y expresar la protesta y la contestación, como los partidos, o los sindicatos, se encuentran a sí mismos ubicados frente a la alternativa de la deserción o de la protesta, *exit* o *voice*, en razón de un desacuerdo entre lo que tienen que decir (y que pueden descubrir en el desacuerdo mismo) y lo que dice la palabra autorizada de los portavoces; y en que ellos no pueden escapar a una u otra forma de la impotencia serial – aquella de la salida o de la protesta individual, hasta incluso aquella de la petición destinada a obtener de los mandantes un cambio de discurso y de política- más que instituyendo una nueva organización, expuesta ella misma, en tanto detentora del monopolio de la protesta legítima, a suscitar nuevas protestas y nuevas deserciones heréticas. Tal es la antinomia de la Iglesia reformada que, nacida de la protesta colectiva contra la iglesia, constituye la protesta en principio de una nueva Iglesia, llamando, en tanto tal, a la protesta.

* <<An Antinomy in the Notion of Collective Protest>>, en *Development, Democracy, and the Art of Trespassing: Essays in Honor of Albert O. Hirschman*, A. Foxley, M.S. McPherson, G. O'Donnell eds, Notre Dame (Indiana), University of Notre Dame Press, 1986, Paperback edition, 1988, p.301-302.

³ Albert O. Hirschman, *Exit, Voice and Loyalty, responses to Decline in Firms, Organizations and States*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1970 (2nd Print, 1972).

¿Se trata de una antinomia insuperable, ligada a la necesidad de concentrar el capital simbólico en una sola persona –o un pequeño número de personas- para conferirle el máximo de fuerza o de un efecto inevitable de la distribución desigual de los instrumentos de producción de la palabra, incluso y sobre todo crítica? No sabríamos negar en todo caso que si la palabra del portavoz debe lo esencial de su legitimidad, y de su fuerza, al reconocimiento que le otorga el grupo expresado, no siendo lo que el plebiscito forzado del silencio, ésta debe una parte de este reconocimiento al hecho de que aparece como la mejor –o la menos mala- de las transmutaciones del implícito sufrido en explícito manifiesto, publicado, del simple grito de la revuelta o de la indignación en voz capaz de hacerse reconocer como tal, es decir como portadora de una parte de universal, y por ello de humanidad.

París, julio 1984.

ESPACIO SOCIAL Y CAMPO POLÍTICO

Pierre Bourdieu

Traducción: Cristina Chávez Morales

La reflexión sobre las clases sociales se encierra muy frecuentemente en la cuestión de la existencia o de la no-existencia de clases y las teorías de la percepción del mundo social que construyen las representaciones concernientes a las clases sociales se organizan según oposiciones análogas a aquellas que encontramos a propósito de la percepción del mundo natural. La oposición entre teoría empirista según la percepción desprende de la realidad sus estructuras y teoría constructivista para la cual no hay objetos percibidos sino es por un acto de construcción es la misma que tiene efecto entre el mundo natural o el mundo social, entre ciencias de la naturaleza o ciencias sociales. A la teoría realista que funda la existencia de las clases sociales en su medida empírica por índices objetivos, la teoría constructivista objeta la imposibilidad de encontrar discontinuidad dentro de la realidad: los ingresos como la mayoría de las propiedades sociales que podemos atribuir a los individuos se distribuyen de manera continua y la división en categorías discontinuas realizada sobre este continuum es enteramente producido por la estadística.

Esta suspensión de la reflexión alrededor de esta interrogación en términos sustanciales reenvía a la historia y al estado presente del campo de las ciencias sociales, que está atravesado por divisiones institucionales e intelectuales entre los teóricos puros y los empiristas, pero también por la naturaleza misma de los juegos que se disimulan bajo la cuestión de las clases sociales: el juego de debates alrededor de la noción de clase social es en efecto de orden político, teniendo la heteronomía del campo de las ciencias sociales por consecuencia que la investigación en ciencias sociales permanezca encerrada en una retraducción pseudo-sabia de problemas y divisiones políticas. Estos son de hecho los defensores de posiciones políticas de derecha y de izquierda que se enfrentan en este terreno, los primeros defendiendo una teoría de la estratificación social que tiende a evacuar la noción de lucha social ligada a la afirmación de la existencia de clases sociales, los segundos exponiendo una teoría de clases sociales que, utilizando frecuentemente para describir las luchas sociales conceptos viejos estereotipados, están totalmente desarmados para comprender en su originalidad histórica las nuevas formas de conflictos sociales observables en la realidad presente.

Para escapar a esta problemática política, debemos en principio plantear la existencia de un espacio social, comparable al espacio físico, que el sociólogo reconstruye a la manera de una carta geográfica. Construido sobre la base de principios de diferenciación o de distribución constituidos por un conjunto de propiedades operantes al interior del universo social considerado, este espacio está orientado, con un polo positivo y un polo negativo, en el cual los individuos están situados no importa dónde, no importa cómo, pero ocupan un lugar determinado por su posición dentro de la distribución de recursos sociales. Los individuos pertenecientes a diferentes regiones de este espacio están separados por distancias más o menos mayores pero pueden también operar al interior de este espacio desplazamientos que no se efectúan de cualquier modo y exigen esfuerzos y, de forma general, tiempo.

Sobre la base del conocimiento del espacio de posiciones, se pueden dividir clases lógicas o teóricas compuestas del conjunto de agentes que ocupan posiciones semejantes que, ubicados en condiciones semejantes y sometidos a condicionamientos semejantes, tienen todas las posibilidades de tener disposiciones e intereses semejantes, pues de producir prácticas, comportamientos y también opiniones semejantes. Estas clases no son clases reales, es decir grupos constituidos de individuos unidos por la conciencia de su identidad común y de su pertenencia a la misma unidad social; se trata más bien de clases probables cuyos elementos constitutivos son movilizables (y no necesariamente movilizados prácticamente) sobre la base de sus similitudes, es decir de su pertenencia a una misma clase de posiciones, a una misma región del espacio social. El espacio social constituye pues una estructura de probabilidades de acercamiento o de distanciamiento, de proximidad o de distancia sociales entre los individuos (que se actualizan por ejemplo de manera particularmente manifiesta en las regularidades de los comportamientos matrimoniales) y el paso de la probabilidad a la realidad no cae por su propio peso, contrariamente a lo que supone la teoría marxista cuyo error reside precisamente en que concluye de manera automática este paso de lo probable a lo real. En otros términos la teoría marxista, identificando la clase construida y la clase real, identifica, como Marx mismo le reprochaba a Hegel, las cosas de la lógica y la lógica de las cosas donde, para hablar más simplemente, comete el error de creer que las cosas que existen en el lenguaje existen en la realidad: en esta perspectiva, el <<salto ontológico>> es concebido, sea, en una lógica mecánica y totalmente determinista, como debiendo inevitablemente operarse con el tiempo, sea, en una lógica plenamente voluntarista y espontaneista, como el efecto de la <<toma de conciencia>>, identificada con una <<toma de conocimiento>> de la teoría, operada bajo la dirección ilustrada del partido. En ambos casos, la teoría marxista omite interrogarse sobre los procesos sociales, sobre la alquimia misteriosa por la cual un <<grupo en lucha>>, una clase activa surge de condiciones económicas objetivas, omitiendo hacer la teoría del efecto mismo que la teoría produce al nivel de la realidad social por su intervención, en tanto teoría, dentro del universo de representaciones simbólicas y sociales o incluso dentro del espacio político.

En efecto, toda teoría del universo social, por resueltamente objetivista que sea, debe integrar en su sistema explicativo la representación que los agentes se hacen del mundo social y, más precisamente, la contribución que aportan a la construcción de la visión de este mundo y, por ello, a la construcción misma de este mundo. Dicho de otro modo, debe tomar en cuenta el trabajo simbólico de fabricación de grupos, trabajo de representación (en todos los sentidos del término) que los agentes sociales no dejan de realizar para imponer su visión del mundo o la visión de su propia posición en este mundo, de su identidad social. El espacio social, en efecto, no es solamente un objeto de percepción dentro del cual los individuos o las

instituciones estén caracterizadas de manera fija por la combinación de un cierto número de propiedades y por la ocupación de una posición determinada dentro de un sistema de clasificación; es también un juego de luchas entre los agentes por imponer su construcción y su representación del mundo social, sus categorías de percepción y de clasificación, y por ello por actuar sobre el mundo social. La visión dominante del mundo social o incluso la producción de taxinomias legisladoras, es el juego de una lucha entre agentes que, según su posición dentro de las distribuciones de diferentes recursos sociales (los espacios de capital, económico, cultural, social) y dentro del espacio de clasificaciones en que se encuentran potencialmente inscritos, están muy desigualmente armados para imponer su visión del mundo y particularmente para actuar al nivel de las denominaciones y de las instituciones que, como los esquemas de percepción y de apreciación depositados en el lenguaje, o los títulos (de nobleza, escolares) son ellos mismos el producto de luchas simbólicas y de luchas de clasificación anteriores y expresan, bajo una forma más o menos transformada, el estado de relaciones de fuerza simbólicas.

Pero la lucha simbólica que libran permanentemente los grupos de agentes sociales pasa, y de manera cada vez más marcada y cada vez más visible, por la mediación de un cuerpo de profesionales de la representación (en todos los sentidos del término), productores culturales e ideológicos, hombres políticos, representantes sindicales, que, actuando como portavoces de los grupos al servicio de los cuales ponen su competencia específica, su poder simbólico, se enfrentan entre profesionales al interior del campo de producción simbólica. Estos profesionales ocupan al interior de este campo una posición homóloga a aquella que ocupan en el espacio social los grupos cuyas tomas de posición ponen en forma, y cuyos intereses expresan: la homología de posición entre mandados y mandantes hace que los primeros lleguen a servir a los intereses de los segundos sirviendo a sus propios intereses, ligados a juegos específicos del campo de producción simbólica. El trabajo propiamente político que realizan estos profesionales, destinados a hacer ver y a hacer creer, a producir y a imponer la clasificación legítima o legal (oficial), ambición indisociablemente gnoseológica y política, a su lógica propia, que está vinculada a la autonomía del campo propiamente político con sus diferentes categorías de productores, sus divisiones y sus juegos específicos.

Zurich, octubre 1985

MONOPOLIZACIÓN POLÍTICA Y REVOLUCIONES SIMBÓLICAS*

Pierre Bourdieu

Traducción: CRISTINA CHÁVEZ MORALES

Al final de una conferencia que realicé, en 1983, ante la Asociación de estudiantes protestantes de París, y donde yo había analizado la lógica de la delegación política y el peligro de monopolización que esta implica, yo concluía así: <<La última revolución política, la revolución contra la cleroatura política, y contra la usurpación que está inscrita en el estado potencial de la delegación, queda por hacerse>>⁴.

Yo pienso que es una revolución tal la que se produjo, en 1989, en los países del Este, muy especialmente en Polonia, con Solidaridad, pero también en Alemania, con Nuevo Foro, o en

* <<Préface>>, en N. Chmatko, G. Tcherednitchenko (tr. Et eds), *Sociologie de la politique*, Moscou, Socio-Logos, 1993.

⁴ Cf. P. Bourdieu, *Choses dites*, Paris, Éditions de Minuit.

Checoslovaquia con la Carta 77. Estas revoluciones, frecuentemente encabezadas por escritores, artistas o sabios, han tomado como blanco la forma por excelencia de la monopolización política, aquella que, armándose de conceptos salidos de la teoría marxista, los *hombres de aparato* leninistas y stalinistas han realizado. En ello, estas poseen problemas totalmente generales, que yo quisiera tratar de formular explícitamente.

Pienso en efecto que, contrariamente a lo que se sugiere cuando se opone el <<totalitarismo>> y la <<democracia>>, el régimen soviético no está separado, desde el punto de vista que aquí nos concierne, sino por una diferencia de grado del régimen de partidos que se exalta bajo el nombre de democracia y que él constituye en realidad el límite extremo. El soviétismo ha encontrado en el marxismo los instrumentos conceptuales indispensables para asegurarse el monopolio de la manipulación legítima del discurso y de la acción política (si se permite esta transposición de la fórmula célebre de Weber a propósito de la Iglesia). Yo pienso en invenciones tales como <<socialismo científico>>, <<centralismo democrático>>, <<dictadura del proletariado>> o, *last but not least* [el último más no el menor], <<intelectual orgánico>>, expresión suprema de la hipocresía sacerdotal. Todos estos conceptos, y el programa de acción que ellos definen, están enfocados a asegurar al mandatario monopolizante del poder una doble legitimación científica y democrática.

El científicismo populista del cual se vale asegura al Partido dos formas de legitimación convergentes: la doctrina marxista como ciencia absoluta del mundo social dá a aquellos que son los guardianes y los garantes estatutarios el poder de situarse en un punto de vista absoluto, que es a la vez el punto de vista de la ciencia y el punto de vista del proletariado. Más que de totalitarismo, palabra que no quiere decir gran cosa, habría que hablar de absolutismo. En efecto, con nociones como aquellas que he enumerado, el Partido se dota de un poder simbólico absoluto, epistemocrático y democrático a la vez: en efecto la reivindicación de la científicidad y la reivindicación de la representatividad se refuerzan mutuamente para fundar un poder que se ejerce sobre el pueblo real en nombre del <<proletariado metafísico>> (como dice Kolakowski). Gracias a la relación de equivalencia perfecta entre el representante y los representados supuestos (de lo cual Robespierre a hecho la afirmación más ingenuamente perentoria: <<Yo soy el pueblo>>), el Partido monopolista puede sustituirse pura y simplemente por el pueblo que habla y actúa a través de él. La delegación al Partido es, como en Tomás de Aquino, una *alienación*: el pueblo aliena su autoridad originalmente soberana al beneficio del Partido *plenipotenciario* (i.e. dotado de la *plena potentia agendi et loquendi*) que sabe y hace mejor que el pueblo lo que es bueno para el pueblo. Y el régimen soviético, por una especie de error en escritura sociológica, puede absorber la <<sociedad civil>> dentro del Estado, los dominados dentro de los dominantes, realizando, bajo la forma de una dictadura verdadera disfrazada en dictadura del proletariado, el sueño de la burguesía sin proletariado que Marx prestó a la burguesía de su tiempo.

Lo que ha causado la singularidad del soviétismo, es que este ha podido reunir dos principios de legitimación que los regímenes democráticos utilizan también, pero en estado separado, la científicidad y la representatividad democrática, apoyándose particularmente sobre esa otra invención metafísica que es la idea del proletariado como clase universal. Ha llevado hasta su límite extremo la monopolización del político, la desposesión, pues, de los representantes al beneficio de los representado y dado libre curso a las tendencias que están inscritas en el hecho mismo de la *delegación* y en la lógica del funcionamiento de los partidos, incluso los más <<democráticos>>, o de las burocracias de pretensión científica.

Este análisis introduce a lo que es la especificidad de las recientes revueltas del Este de Europa, menos próximas a la Revolución francesa, a la cual se les ha comparado tanto por el hecho de la coincidencia aniversaria, que a la Reforma, y a la crítica luterana del rol sacramental del sacerdocio o a la voluntad de reducir la Iglesia a una simple *congregatio fidelium*. En realidad, estas revoluciones se inspiran en una profunda desconfianza con relación a sus invenciones organizacionales heredadas de la Revolución francesa y de las luchas sociales del siglo diecinueve que son los partidos y los sindicatos. Nacidos de una experiencia, particularmente larga y dolorosa en el caso del Este de Europa, de los efectos más extremos del funcionamiento de partidos, de <<la ley de bronce de las oligarquías>>, como decía Michels, de la propensión de los mandatarios a hacer pasar los intereses asociados a su posición, delante de los intereses de sus supuestos mandantes, estas resistencias prácticas a la delegación incondicional, la *fides implicita* que es la dicha de todos los sabios, y particularmente de aquellos que pretenden representar a los más desposeídos, encuentran sus condiciones sociales de posibilidad en la elevación generalizada de la instrucción.

Dicho esto, cuando no conducen a una forma, frecuentemente peligrosa políticamente, de apolitismo, los movimientos nacidos de la revuelta contra el monopolio de los políticos son siempre inestables y frágiles, como lo muestra el ejemplo reciente de Alemania del este donde se ha pasado, en muy poco tiempo, de un movimiento altamente refinado de contestación intelectual del monopolio político a las formas más brutales de la política de partidos a la americana. Ello, en parte, porque los movimientos alternativos, tanto en el Oeste como en el Este, no disponen de la teoría que les permitiría comprenderse y organizarse conforme a su vocación profunda.

Yo puedo solamente formular votos por la instauración de una nueva colaboración entre los intelectuales críticos –no solamente del orden social, sino de sí mismos y de todos aquellos que pretenden transformar el orden social- y los movimientos que, en el Este como en el Oeste, quieren cambiar el mundo social y las maneras de pensar y de cambiar el mundo social. (Se podría pensar en una gran convención europea reuniendo, sobre el modelo de Solidaridad, intelectuales y movimientos alternativos, como los Verdes o los ecologistas o los feministas, asociaciones o grupos surgidos de la lucha contra el soviétismo, Neue Forum, Charte 77, etc., con el objetivo de fundar una <<coordinación europea>> de estos movimientos y de grupos de trabajo y de reflexión destinados a definir los objetos nuevos de la política y los objetivos y los métodos de una nueva forma de acción política):

Es en todo caso a condición de replantear las preguntas más fundamentales de la filosofía política, como la cuestión de la delegación, y de restaurar en toda su dignidad la función utópica que han desempeñado, tanto bien como mal, los grandes filósofos políticos del pasado, que se podrá escapar a la aceptación desencantada del orden establecido a la cual inclina el desmoronamiento de las grandes utopías políticas del pasado sin sucumbir de nuevo a los místicos y a las mistificaciones políticas que los mandatarios políticos no dejaron de proponer para justificar su existencia.

Ha llegado el tiempo de superar la vieja alternativa del utopismo y del sociologismo para proponer utopías sociológicamente fundadas. Para ello, se necesitaría que los especialistas de ciencias sociales consiguieran derribar colectivamente las censuras que se creen en deber de imponerse en nombre de una idea mutilada de la cientificidad. No tengo el tiempo de recordar aquí las razones que hacen que los especialistas de ciencias sociales hayan renunciado a la función que han desempeñado, durante siglos, los grandes teóricos políticos, de Brunetto Latini a

Rousseau, pasando por Budé, Bodin o Maquiavelo. Pero se sabe que el desarrollo de una sociología científica está vinculado, tanto en Europa como en Estados Unidos, a la emergencia, en el curso del siglo XIX, de problemas llamados <<sociales>> y de políticos <<sociales>> o <<socialistas>>. Vínculo tan evidente que se ha asociado durante largo tiempo –es sin duda el caso aún hoy en día en ciertos medios- sociología y socialismo. Es cierto que las ciencias sociales debían conquistar su autonomía con relación a la política y a los políticos, y, por ello, afirmar su capacidad de imponer sus normas propias de validación y sobre todo definir ellas mismas los problemas que tenían por tratar, problemas propiamente *sociológicos* –por oposición a <<sociales>> o <<políticos>>. Este fue, en el caso de Francia, el trabajo de Durkheim, con las famosas *Reglas del método sociológico* o, más directamente, toda la reflexión sobre las relaciones entre sociología y socialismo. En otro contexto, Max Weber elaboraba el concepto de <<neutralidad ética>> o <<axiológica>> que se ha convertido en el centro indiscutible de la ideología profesional de los sociólogos. De hecho, podemos decir, simplificando un poco, que las ciencias sociales han pagado su acceso (por lo demás siempre contestado) al estatuto de ciencias de una formidable renuncia: por una auto-censura que constituye una verdadera auto-mutilación, los sociólogos –comenzando por mí, que he denunciado frecuentemente la tentación del profetismo y de la filosofía social- se imponen rehusar, como faltas a la moral científica propias para desacreditar a su autor, todas las tentativas para proponer una representación *ideal y global* del mundo social. Y todo esto ocurre como si las censuras cada vez más apremiantes de un mundo científico cada vez más preocupado de su autonomía (real o aparente) se impusieran cada vez más rigurosamente a los investigadores que, para merecer el título de sabios, deber sacrificar en sí mismos la política, y abandonar al mismo tiempo la *función utópica* a los menos escrupulosos y a los menos competentes de entre ellos o a los hombres políticos y a los periodistas. Yo creo que nada justifica esta abdicación cientista, que arruina la convicción política, y que el momento ha llegado en que los sabios deben intervenir en la política, con toda su competencia, para imponer utopías fundadas en verdad y en razón.

Compréndase bien, no se trata de restaurar la ambición epistemocrática que ha sido largamente asociada al marxismo y que, con la noción de socialismo científico, ha sido uno de los fundamentos de los regímenes comunistas. Pero, no se trata tampoco de dar razón a aquellos que, tanto en el Este como en el Oeste, se apresuran a lanzar al niño científico y racionalista al agua de baño marxista. Se trata de afirmar la función que ha sido siempre la del intelectual: aquella que consiste en intervenir en el universo político –a la manera de Zola- con la autoridad y la competencia asociadas a la pertenencia al universo autónomo del arte, de la filosofía o de la ciencia. No hay antinomia, como se cree, entre la autonomía y el compromiso, entre la separación y la colaboración, que puede ser conflictiva y crítica. Contra todo lo que sugiere el fantasma del <<intelectual orgánico>>, ideología profesional de los productores culturales del aparato, el intelectual auténtico es aquel que está en posibilidad de instaurar una colaboración dentro de la separación: a diferencia de aquellos que deben todo a los aparatos, comprendida, a veces, una pretendida autoridad intelectual (a la manera de Staline interviniendo en materia de lingüística), no debe sino a sí mismo y a sus obras (y no, como ciertos ensayistas, a sus manifestaciones políticas o a sus exhibiciones periodísticas) una autoridad propiamente intelectual y una competencia de la cual él se autoriza para intervenir, como autor, por su cuenta y riesgo, en la política (a la manera de Chomsky o de Sakharov en el período reciente y muchos otros antes de ellos).

Para disipar un último malentendido, debo decir algo que aquellos que conocen mis trabajos sobre el mundo intelectual saben bien: es evidente que el intelectual tiene, como los otros

agentes sociales, motivaciones e intereses y que es importante que se ejerza sobre él –en caso de que no sea capaz de ejercerla él mismo- la vigilancia crítica que desarrolla el conocimiento de los mecanismos específicos del mundo intelectual. La República de las Letras, como la República simplemente, es un universo de luchas, donde se enfrentan intereses, donde se ejercen efectos de dominación, y las acciones más <<puras>> pueden inspirarse de motivaciones o de determinaciones que no lo son tanto. Es cierto por ejemplo que aquellos que Max Weber clasificaba dentro de la <<intelligentsia prolétaroïde>>, es decir, los intelectuales menores, los semi-sabios, han encontrado frecuentemente en la intervención política, en el curso de la historia, la ocasión de una revancha contra aquellos que dominan el mundo intelectual (pienso aquí en los trabajos de Robert Darnton sobre el rol de la inteligencia bohemia en la Revolución francesa o en los trabajos, muy numerosos, que han analizado el rol de los intelectuales menores, verdadera <<clase peligrosa>>, en movimientos tan diversos como el nazismo, el stalinismo –en particular con el jdanovismo- o la revolución china). Vemos así que, entre las condiciones de instauración de una verdadera Realpolitik de la Razón, una de las más determinantes es la crítica sociológica de la institución intelectual, intereses ocultos que los agentes políticos, en tanto mandatarios separados de sus mandantes, pueden comprometer en su acción, sin olvidar los intereses de otro tipo que los intelectuales llamados libres, *free lance*, pueden comprometer también, como se ve hoy en día en Russie, en su crítica de los hombres del aparato. Solo quiero tomar un ejemplo, sacado de la historia, de estos intereses ocultos –a sus propios portadores- que pueden colorear toda una acción política de apariencia altamente generosa. Se sabe que, desde el Renacimiento, numerosos autores han celebrado la *vera nobilitas* que confiere la virtud o, más ampliamente, la sabiduría y la ciencia. Pero esta denuncia subversiva de la nobleza hereditaria encontraba muy frecuentemente su límite en el hecho de que estos mismo autores (pienso por ejemplo en Lawrence Humphrey, en *The Nobles or Of Nobility*) observaban que, como por casualidad, las virtudes nuevas brillaban más vivamente entre los nobles que entre la gente común. Ocurre lo mismo hoy en día cuando los detentores de capital cultural omiten sacar las consecuencias del hecho de que las virtudes de <<inteligencia>>, que ellos celebran, se encuentran más frecuentemente entre los herederos de familias cultivadas. Este <<racismo de la inteligencia>> puede estar en la raíz de numerosas tomas de posición de apariencia generosa en materia cultural y política. Particularmente de la propensión a exigir o a celebrar las virtudes universales olvidando trabajar en universalizar las condiciones económicas y sociales de acceso a lo universal. En una palabra, que será la palabra del final, yo diría solamente que nada debe estar al abrigo de la crítica sociológica, incluso y sobre todo los intelectuales críticos.

Roma, 14 de marzo de 1990